

ESCRITO CON TINTA AZUL

HISTORIAS DE CONSERVACIÓN
DEL SISTEMA ARRECIFAL
MESOAMERICANO

*Escrito con tinta azul: Historias de conservación del
Sistema Arrecifal Mesoamericano*

D.R. © MAR Fund, 2018. Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa por escrito de MAR Fund, excepto por citas breves en artículos o reseñas.

ISBN 978-9929-40-711-4

Impreso en Guatemala.

Este libro se realizó con el apoyo de la Cooperación Alemana a través de KfW.

Textos:

Adriana Navarro

Coordinación de diseño y edición:

María José González

Lorenzo J. de Rosenzweig

Karina Ugarte

Patricia Cabrera

Claudio González

José Jaime Ruiz

Revisión editorial:

Bárbara Castellanos

Diseño:

Karime Álvarez Estrada

Daniela Seligson

Fotografía de portada:

Rubén Gutiérrez

www.marfund.org



KfW

ÍNDICE

06	Introducción
07	Escrito con tinta azul
	MÉXICO
11	Los vigilantes de Yum Balam
17	Descender a la inmensidad del tiburón ballena
	BELICE
25	Co, el espíritu de la montaña
31	Instrucciones para enamorarse del océano
	GUATEMALA
41	Los héroes descalzos de Manabique
49	La transformación del océano guatemalteco
	HONDURAS
55	Todo por estar bajo el mar
63	Las manos que tejen palmeras





INTRODUCCIÓN

6

Los proyectos de campo apoyados por Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM o MAR Fund en inglés) requieren sistematización, documentación y su consiguiente narrativa para difundir los éxitos y compartir el aprendizaje de los fracasos. Las actividades realizadas en las áreas protegidas han tenido un alcance mayor al previsto y los actores clave han identificado su beneficio y cómo ha abonado al desarrollo de sus áreas.

Compartir historias de éxito desde los ojos de las personas presentes en el área (ejecutores en campo) es de suma importancia, ya que es una forma de comunicar con creatividad los logros de los proyectos. Por ello, con el apoyo de la Cooperación Alemana, a través de KfW, el banco alemán de desarrollo, Fondo SAM contrató los servicios de una experta en narrativa social y ambiental, Adriana Navarro Ramírez, quien viajó a los cuatro países donde se llevó a cabo la fase I del proyecto Conservación de Recursos Marinos en Centroamérica y entrevistó a actores clave de este durante los meses de junio y julio de 2017. Utilizando las entrevistas y sus vivencias en las áreas, compiló, a manera de historias, los resultados y los efectos que el proyecto ha dejado en las personas responsables de la gestión del Sistema Arrecifal Mesoamericano (SAM).

Adriana Navarro Ramírez, licenciada en Comunicación, ha trabajado 17 años en medios de comunicación como periodista, coeditora y editora. Está convencida de que la comunicación y la educación son elementos fundamentales del desarrollo económico y social de las comunidades. El interés principal de Adriana ha sido la promoción de los derechos humanos, la cultura y el respeto al medio ambiente, con el propósito de contribuir a mejorar la calidad de vida de las comunidades urbanas y rurales de México y de la sociedad en su conjunto.

A continuación, se presentan las historias recabadas en cada una de las áreas protegidas apoyadas por el proyecto en México, Guatemala, Belice y Honduras. Es un viaje a las geografías que enmarcan el caribe continental y que, para los lectores, representa un fascinante testimonio de esperanza y un ejemplo de cambio.

ESCRITO CON TINTA AZUL



Soy Adriana Navarro Ramírez, una mexicana que disfruta escribir, coleccionar palabras y tener conversaciones largas. Además, cultivo la obsesión por viajar y todos los días trato de construirme y deconstruirme. Profeso un hondo respeto, amor y admiración por mi país y por América Latina, un espacio geográfico de contrastes, de inagotable esperanza, de sonrisas honestas, de desigualdades, de luchas y revoluciones, de paisajes inigualables y hogar de una impresionante riqueza natural y cultural.

He sido periodista la mayor parte de mi vida profesional. La búsqueda de la paz, la justicia, la promoción del arte, la cultura y los derechos humanos son los motivos que me impulsan a escribir, pero lo que me reconforta es dar voz a los más oprimidos.

Nunca pensé que llegaría el día en que también escribiría por la naturaleza y su poderoso ensamble de especies que componen un mosaico de diversidad, colores, paisajes y sabores estrechamente vinculados con el bienestar humano.

La publicación que se preparó está integrada por ocho historias que constituyen un testimonio de un viaje por la región del Arrecife Mesoamericano, un viaje que transformó mi corazón con tonos marinos, lo iluminó de Mar Caribe y lo convirtió en un corazón azul.

Las ocho historias, dos por cada uno de los países que comparten el Sistema Arrecifal Mesoamericano: México, Guatemala, Belice y Honduras, describen los esfuerzos de personas comunes, organizaciones civiles, grupos científicos y funcionarios de gobierno a favor de la conservación y del buen uso de la riqueza natural, eje vital del bienestar económico y social de la región del Caribe continental. Estos esfuerzos fueron apoyados financieramente y técnicamente con recursos de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) provenientes del gobierno alemán y de otros donantes nacionales e internacionales. Los proyectos, integrados en un programa de conservación con visión regional, se llevaron a cabo de agosto de 2012 a marzo de 2017.

El viaje comienza en México, en el estado de Quintana Roo, en el Área de Protección de Flora y Fauna Yum Balam, que limita de manera aproximada el Sistema Arrecifal Mesoamericano en su extremo norte. Relato la desaparición de los peces y la respuesta de los pescadores, que, en el buen sentido, se hacen cómplices del mar para asegurar que sea fuente de riqueza y sustento. También comparto lo que sucede cuando se mira al cielo y se descubre el aviturismo comunitario, que es una fuente de empleo, virtuosa y creativa, en constante crecimiento.

La primera narrativa, “Los vigilantes de Yum Balam”, es una reflexión colectiva sobre la importancia de cuidar los recursos naturales y la biodiversidad, que, organizados de modo singular en barreras arrecifales, pastos marinos, manglares y dunas costeras, son nuestros aliados ante el embate de los fenómenos meteorológicos, cada vez más intensos por los efectos del cambio climático.

El segundo lugar que visito es la isla de Holbox y su inmensidad marina. La isla se ubica en la costa norte de Quintana Roo y en sus aguas habita el tiburón ballena, en el espacio que los prestadores de servicios ecoturísticos conocen como El Azul.

Describo a los dóciles gigantes y los esfuerzos de pescadores, prestadores de servicios, y autoridades para regular la actividad de avistamiento y nado y asegurar la presencia del tiburón ballena a largo plazo. Me interno en el Mar Caribe y paso una mañana en el océano nadando con el pez más grande del mundo, una experiencia única, alucinante, que casi raya en lo espiritual y cambia por completo la forma en que percibo el mar.

Cierro la segunda narrativa, “Descender a la inmensidad del tiburón ballena”, con una entrevista tierra adentro, en Holbox, con una mujer colombiana que ha adoptado a México y ha sido adoptada por el país, y que ha hecho suyo el compromiso de separar y reciclar basura en la isla, además de montar un incipiente santuario para animales silvestres y domésticos.

Mi tercer destino es el Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM), en Guatemala, donde entrevisto a los guardaparques o guardarrecursos, defensores del paraíso, y narro sus esfuerzos por reducir la deforestación y el cambio de uso del suelo, y la forma en que Fondo SAM apoyó el equipamiento del refugio. Concluyo la tercera historia, “Los héroes descalzos de Manabique”, con una breve reflexión sobre el proceso de intercambio con los niños de las escuelas rurales, el concepto de límites naturales y el sorprendente compromiso común por conservar y preservar sus tierras y aguas, y brindar una oportunidad de subsistencia a sus hijos y sus futuros nietos.

El cuarto sitio, que marca la mitad del camino, es Puerto Barrios. La intención es documentar, por medio de entrevistas, la opinión de líderes de la comunidad La Graciosa, quienes se han propuesto recuperar la vida marina del lugar, antes abundante. El mal tiempo nos impide navegar a nuestro destino, pero no limita la riqueza de las entrevistas con otros guardianes de los peces, que desean “La transformación del océano guatemalteco” y que

sueñan con redes que no lastimen el recurso, pero que sí les permitan vivir dignamente. Como en tantos otros lugares de América Latina, la evidencia y el sentir de las entrevistas apuntan a la necesidad de sumar esfuerzos, gobierno y ciudadanos, en procesos participativos para establecer modelos de manejo pesquero más equitativos.

Sigo en el recorrido y llego al quinto sitio, ya en Belice, donde conozco a Co, el espíritu de la montaña, y tengo el privilegio de entrevistarle sobre el don que tiene con las plantas y los árboles. Hablo con él sobre Xucaneb, la montaña sagrada, transformada en la práctica en una organización de la sociedad civil que promueve la siembra de árboles. Documento la extraordinaria labor del Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés), que entre sus objetivos tiene la generación de ingresos para las comunidades a través de actividades sustentables y el manejo de recursos forestales y marinos de la Reserva Marina de Puerto Honduras. En este lugar vivo una experiencia insólita, pues me interno en la selva nocturna, donde la oscuridad y los sonidos me hacen pensar que grandes felinos me devorarán durante la noche; por fortuna, unas mujeres me salvan del tormento.

También en Belice, en el distrito de Toledo, en Punta Gorda, me encuentro con Víctor, un joven buzo que tiene el alma y el corazón puestos para cuidar el mar. “Instrucciones para enamorarse del océano” detalla la creación del programa Investigadores Comunitarios, que impulsó el TIDE, y en el que Víctor participó y aprendió junto con otros jóvenes a interpretar datos importantes bajo el agua. Se trata de un programa que de manera práctica involucra a la gente en el cuidado del sistema arrecifal. Víctor descubre nuevas habilidades y tiene una radical transformación como ser humano.

Celia y Joe, quienes dirigen las acciones de conservación del TIDE, cuentan cómo han cuidado la reserva natural de Belice desde hace 20 años y los programas que han implementado para velar por los ecosistemas. Para mí, ellos son un ejemplo de cómo día tras día se superan los desafíos, cómo su lucha diaria es real y cómo con voluntad, inteligencia y compromiso se guían para sobrevivir cualquier naufragio, sea en mar o en tierra.

Termino el recorrido en la isla de Roatán, en Honduras. Es un destino en el cual lo mejor sucede bajo el agua y me permite entrevistar a los héroes submarinos que custodian los tesoros de la isla con una innovadora campaña anclada en el orgullo de los locales. El apoyo de Fondo SAM en la isla de Roatán hizo posible el desarrollo de una nueva generación de buzos expertos locales que utilizan sus nuevas habilidades subacuáticas para operar responsablemente como guías de buceo y promover la conservación del arrecife. El programa Protect Our Pride (POP) apuesta por la gente y el enorme poder de cambio que tienen las comunidades cuando están organizadas alrededor de una causa. ¿Qué otro lugar mejor que Roatán para contagiarme del espíritu de los buzos y hacer mi primera inmersión en aguas abiertas? Por eso, la narrativa se titula “Todo por estar bajo el mar”, un concepto que hasta ahora entiendo inalcanzable: flotar en la eternidad azul, plena de vida, que oculta la superficie. Hago el propósito de regresar.

Mi última escala gira alrededor del ámbito terrestre de Roatán. Documento los retos y los logros de Bay Islands Conservation Association (BICA) en su programa de educación para niños. Después de una llegada singular a las instalaciones de un aula verde, compruebo que sí existe el concepto de tejido social y que el personal de BICA teje una red singular de riqueza enfocada en la gente, los manglares, los corales, los peces y las orgullosas copas de las verdes palmeras. Paso dos días de mucho aprendizaje con los jóvenes voluntarios del manglar y con el Grupo de Mujeres Artesanas de Roatán (MAR es la afortunada sigla), quienes, al igual que BICA,

recibieron recursos de Fondo SAM para capacitación técnica y administrativa en materia de elaboración de bienes y productos artesanales. “Las manos que tejen palmeras” es fruto de esas jornadas.

Así, después de más de tres semanas de aventura, cientos de conversaciones con personas admirables y veinte amaneceres y atardeceres, es que me transformé.

Las historias de esperanza que compartieron las comunidades de México, Guatemala, Belice y Honduras, en colaboración con Fondo SAM, muestran lo mejor de la humanidad en el cuidado de la naturaleza.

Para quienes moramos en cielos distantes, estas historias representan, parafraseando al poeta Fijman, nuevas visiones de tierra y de mar; de proas, de astros y de auroras. Nos desclavan de las calles grises y de nuestros hábitos monótonos de mujeres y hombres civilizados.

Ahora, lejos de la región, en una ciudad del occidente de México, concluyo las historias y me pregunto qué es lo que sigue. Reconozco la grandeza de la gente que conocí, dedicada en cuerpo y alma a iluminar las regiones afectadas y oscurecidas por la destrucción y el abandono y transformarlas en espacios de luz que preservan la vida. Hay tanto por hacer y tanta riqueza humana y natural que puede alinearse a favor del bien común en esta privilegiada región que no veo otra opción más que la de sumarme a esta legión con mis habilidades y mi nuevo corazón azul.



Lorenzo J. de Rosenzweig

MÉXICO



LOS VIGILANTES DE YUM BALAM

Un día los hijos del jaguar se levantarán de su letargo y reclamarán la tierra que les fue arrebatada a sus ancestros.

Plegaria Maya

En Yum Balam, el cielo entero es de un azul deslumbrante. Es una localidad donde predomina el verde y puntean las palmeras. El nombre de la región se remonta al tiempo de los antiguos mayas y significa *Señor Jaguar*.

En la cosmovisión de los antiguos mayas, al jaguar se le conocía como el señor de las selvas, símbolo de la ferocidad y la grandeza porque se enfrentaba con las fuerzas del inframundo para resurgir victorioso al amanecer. Es posible que esta creencia tenga su origen en la costumbre del jaguar de cazar cuando cae el sol, en la oscuridad de la noche y en las primeras horas del día.

Para los ancestros de quienes hoy habitan la región, Yum Balam representaba el sitio de la fuerza divina, donde se encuentra el dominio del sol y la luna, el territorio que tiene el poder de las cosas del cielo y de la tierra. La región de Yum Balam o Señor Jaguar se localiza en el sureste de México, en el estado de Quintana Roo, en los municipios Lázaro Cárdenas e Isla Mujeres. Abarca 152,052 hectáreas de paraíso, formado por un impresionante mar verde azulado, selvas tropicales, manglares, esteros, grandes zonas inundables, lagunas costeras, humedales, islas costeras y corales.

Si uno sube a una embarcación y se adentra por un par de horas hacia el azul profundo, podrá ver, cercanos a la costa, amorosos manatíes que protegen a sus crías; y ya mar adentro, podrá apreciar las acrobacias de los delfines; el nado de tortugas envueltas en caparazones de más de un metro de

largo; mantarrayas solitarias que decoran el arrecife; y tiburones ballena que trasladan su imponente cuerpo de más de diez toneladas a la superficie en búsqueda de plancton para alimentarse.

En la selva, donde las palmeras y los cedros interceptan los intensos rayos del sol, habitan otras maravillas: animales en peligro de extinción como jaguares, ocelotes, monos araña y diferentes especies de pericos y loros. También conviven ahí, en la espesura de la jungla, venados cola blanca, mapaches, tejones y pecaríes de labios blancos.

Y cuando uno mira al cielo se ve una gran variedad de aves adornando el atardecer: elegantes fragatas, ibis blancos, garzas cucharón, gallitos, gaviotas y cormoranes. En el horizonte, se observan los flamencos rosados dejando transcurrir el tiempo en bancos de arena; y el oído percibe a las golondrinas, como si el correo del viento trajera su canto desde el manglar.

11

Lorenzo J. de Rosenzweig



“Muy pocas áreas en el mundo conjugan una serie de ecosistemas dentro del mismo sitio”, comenta José Juan Pérez Ramírez, director del Área de Protección de Flora y Fauna Yum Balam.

Sin embargo, esta única y mística biósfera ha estado expuesta a graves desgastes ecológicos por la fuerte demanda de desarrolladores que edifican más y más condominios, hoteles y restaurantes, por la falta de vigilancia de las autoridades, por el incumplimiento de las leyes y por las presiones económicas y políticas.

Afortunadamente, hay vigilantes que defienden la armonía del hábitat a fin de que Yum Balam resurja victorioso cada amanecer. Y esos vigilantes son sus pobladores.

LA DESAPARICIÓN DE LOS PECES

Cuando las langostas, los pargos, los meros, las lisas, los robalos, los pulpos y los demás recursos pesqueros dejaron de nadar en el mar que rodea la población de Chiquilá, cuando ya no se les veía más por las costas de la isla de Holbox (ambas localidades pertenecen a Yum Balam), los pescadores se preocuparon.

Entonces, organizaron una comisión, hablaron entre ellos, pasaron la voz a los ejidatarios de San Ángel, Solferino y Kantunilkin (nombres de las demás poblaciones asentadas en Yum Balam) e idearon, entre todos, cómo proteger el área de la tragedia de los comunes que estaba terminando con su riqueza pesquera.

Convencieron al presidente municipal para que hiciera caso a sus peticiones, llevaron sus propuestas con el gobernador y luego, gracias a su insistencia, fueron escuchados por el presidente de la República.

Fue por ellos que, en 1994, la localidad de Yum Balam fue declarada oficialmente Área de Protección de Flora y Fauna.

José Juan Pérez Ramírez, encargado de proteger el área por parte de la Comisión Nacional de Áreas

Naturales Protegidas (Conanp), explica que, al reducirse el volumen de captura de los peces, el esfuerzo para atraparlos se incrementa.

Hace tiempo, los pescadores trabajaban con redes de 10 paños (medida de la apertura de malla por donde pasa la luz) y sacaban hasta seiscientos kilogramos por noche. Ahora, navegan más lejos y usan redes de entre 20 y 30 paños (mallas más cerradas) a fin de lograr los mismos volúmenes de captura. Al utilizar estas redes, quedan atrapadas las poblaciones juveniles de peces, moluscos y crustáceos, de menor valor comercial, y, peor aún, los pescadores afectan la productividad natural del recurso porque no alcanza a crecer a talla comercial. “Antes encontrabas langostas de tres kilos y ahora, tal vez, sólo de kilo y medio”, indica José Juan Pérez Ramírez.

La problemática se acentúa cuando los pescadores violan las vedas, lo cual interfiere en la reproducción de las especies y afecta la abundancia potencial de variedades comerciales como el pargo, el mero, el robalo o la langosta.

Tampoco ayuda que los dueños de restaurantes pidan langostas pequeñas porque supuestamente tienen mejor sabor. La demanda de *baby lobster* provoca que los pescadores las capturen a pesar de las vedas, comenta Pérez Ramírez.

Y es que, lamentablemente, en Yum Balam —como en otras regiones— hay personas que se levantan de su hamaca creyendo que no hay más ley que la suya, por lo que, embriagadas por el dinero y sin conciencia del valor de los bienes colectivos, vulneran la grandeza de nuestro Señor Jaguar.

CÓMPLICES DEL MAR

A unos cuantos kilómetros del oleaje, José Anteale Marcial, un hombre moreno de estatura baja, pescador de profesión, que llegó hace más de treinta años a la región de Chiquilá, cuenta desde la sala de su casa, rodeada de viejos árboles, que tanto él como decenas de familias dejaron Veracruz en los años ochenta para llegar al territorio virgen que era Yum Balam.

“Llegamos a Chiquilá hace 33 años buscando la pesca. En Veracruz, los peces se habían retirado; por eso, llegamos aquí. Al poco tiempo nos organizamos en sociedades cooperativas pesqueras. Acá, noventa por ciento de la población se dedica a eso”, narra José Ante, a quien la gente conoce como Chepe.

Chepe conoce la geografía de Yum Balam como la palma de su mano, pues trabajó con las autoridades federales en la regulación de ejidos. En su andar, Chepe fue testigo del crecimiento de la población, constituida no sólo por personas oriundas de Quintana Roo, sino también por familias provenientes de Yucatán y por paisanos suyos que llegaron de Veracruz. Todos llegaron atraídos por la boyante pesca.

Muy bronceado y con la gorra hundida hasta los ojos, Chepe explica que hoy en día cuentan con siete cooperativas pesqueras y tres permisionarias, organizadas para respetar las vedas y compartir la riqueza pesquera.

Chepe, quien vive rodeado de brisa de mar, recoge de su memoria el recuerdo de los malos días que tuvo en Veracruz —costa donde nació— donde la pesca artesanal colapsó a causa de la actividad clandestina. Sabe que combatir la pesca ilícita en

Yum Balam es más complicado, debido a que no existe un plan de manejo para la zona, es decir, que no hay reglas claras para planificar el desarrollo ni para exigir a instituciones gubernamentales, pescadores, empresarios y ejidatarios que delimiten sus obligaciones respecto al acceso a los recursos naturales, y así lograr que cumplan con sus responsabilidades ciudadanas.

Sin un plan de manejo, la selva padece la tala excesiva; se rellenan manglares; se construye sin autorización; se invaden terrenos; se violan las vedas; y no se sancionan esas conductas. “Hay gente que pone resistencia a publicar el plan de manejo, pues hay mucho dinero de por medio”, dice mientras descansa la mirada en sus pies descalzos.

En tales condiciones, Chepe se empeña en alimentar dentro de sí una voluntad para equilibrar el ecosistema en Yum Balam y afirma que instituciones como Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) son aliados clave para alcanzar sus sueños.

Fondo SAM es una organización de la sociedad civil, sin fines de lucro, que se creó en 2004 a partir de un diseño participativo e inclusivo impulsado por cuatro fondos ambientales nacionales. Su misión es proteger



Lorenzo J. de Rosenzweig

el Sistema Arrecifal Mesoamericano (SAM), es decir, aproximadamente mil kilómetros de las costas caribeñas de México, Guatemala, Belice y Honduras, a través del financiamiento y el acompañamiento técnico con una visión regional.

“En Fondo SAM se preocupan por uno. Buscan que uno cuente con algo de recursos financieros y herramientas, y eso se agradece muchísimo. Gracias al proyecto de Fondo SAM, tenemos dos motores para las pangas y una embarcación nueva. Con esta, en dos meses, ya hemos hecho dos recorridos en el área del tiburón ballena para que respeten las reglas”, dice con voz clara, matizada de orgullo.

14

Añade que el proyecto equipó una oficina para mejorar la vigilancia del área y ofreció talleres de liderazgo a efecto de hacer participar a la población en acciones que mejoren el cuidado de los recursos naturales.

“Creo que ellos, como yo, tienen esto, que llaman conservación, en el alma. En Veracruz, yo nunca tuve la dicha de conocer a los delfines, a los manatíes, a los venados o a los pavos, pero cuando llegué aquí me di cuenta de la riqueza que representa nuestra biodiversidad. Por eso, hay que cuidar la zona”, explica con serenidad costera.

En las proximidades de la casa de don Chepe, frente al mar, William Aguiñaga Chay, presidente de cooperativas del puerto de Chiquilá, porta una camisa blanca que se adhiere a su pecho, como en los mascarones de proa que rasgan la brisa marina, y explica que, antes de la donación de motores por parte de Fondo SAM, los pescadores furtivos se les escapaban. “Con los motores que donó Fondo SAM, los alcanzamos a la primera. Por ellos, hemos logrado resultados muy importantes: decomisamos pangas que trasladan productos de talla menor y ampliamos el área de inspección y vigilancia hasta llegar a Cabo Catoche”.

La vigilancia es un trabajo peligroso, cuenta Aguiñaga, pues quienes son descubiertos quebrantando las leyes agreden a los vigilantes comunitarios. “Se pegan a las lanchas, se amarran de la popa y nos

arrastran para que nos hundamos. Entonces, no nos queda más que cortar los amarres. Vemos con tristeza que los oficiales de la Conanp (Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas), la Profepa (Procuraduría Federal de Protección al Ambiente) o la Conapesca (Comisión Nacional de Acuacultura y Pesca) no salen a vigilar. Tal vez porque les pagan poco o no tienen dinero para gasolina”.

Pero, insiste que, gracias a la embarcación con motores nuevos, ya pueden llevar a dos oficiales de la marina, un guardaparque, un oficial de capitanía de puerto y dos tripulantes. “Seis personas para vigilar la zona es un gran logro”, indica Aguiñaga, satisfecho y pleno.

“Yo agradezco mucho que organizaciones como Fondo SAM nos apoyen y piensen en nuestro futuro. La única manera de subsistir en este medio es cuidándolo, protegiéndolo y dándole la oportunidad a las especies de reproducirse”, concluye y sonríe bajo el luminoso aguacero de rayos de luna.



Adriana Navarro

MIRAR AL CIELO

Cuando la selva entera murmura, en Yum Balam se despliegan las aves y hay quienes se detienen a mirar al cielo para disfrutar a los acróbatas aéreos, tomar apuntes de sus coloridas alas y memorizar sus cantos.

A la orilla de una ciénega, se puede observar a Francisca Anteale, una joven de 25 años que, con paciencia, mira a los alados seres. A su afición se ha sumado una decena de niños que salen con ella a explorar las especies en su hábitat y adiestrar el oído al lenguaje de las aves.

La joven Anteale, a quien llaman Chica, dice que su cariño por las aves viene desde que era niña: “Si vives en el campo, no puedes evitar escuchar el canto de las aves. En aquellos tiempos, no sabía quiénes eran, aún no me las habían presentado”.

Por iniciativa propia, Chica se enlistó en la Red de Monitores Comunitarios de Aves, de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio), y luego se inscribió para ser instructora del programa Sal a Pajarear.

“Con las aves no aprendes de la noche a la mañana. Se necesita práctica, gusto y paciencia. Cuando escuchas un canto y no sabes quién es, te esperas hasta ver el ave; y cuando la tienes de frente, te da la misma sensación de cuando te presentan a una persona con su nombre. Esa sensación trato de compartirla a los niños, sin saturarlos con muchos datos, para que no pierdan el interés en el reconocimiento de las especies”, dice Chica, con una mirada que atraviesa el alma.

Cheila Loeza, habitante de Chiquilá, quien recientemente festejó su cumpleaños número diez, es una de las niñas que se unió a los recorridos para observar aves. Ella menciona que el colibrí canela y el tucán negro fueron algunas de sus favoritas en el último avistamiento. “Yo le diría a los niños que quieren matar a las aves que hacen mal, pues las aves son importantes en el ecosistema: ayudan a crecer a las plantas porque al comerse los frutos reparten las semillas para que la selva se regenere de manera natural. Además, algunas aves controlan las plagas

de mosquitos”, dice, muy seria, desplazando su cabello negro hacia su espalda, mientras cuida a su hermanita que aún no aprende a hablar.

Para Chica, los chipes o bijiritas, aves pequeñas de 13 centímetros que atraviesan el Golfo de México para resguardarse del frío de Estados Unidos y Canadá, son de las especies que más le han sorprendido, pues sobrevuelan kilómetros de cielo en búsqueda del sol de Yum Balam.

Chica Anteale dice que los pobladores de su tierra tienen el privilegio de apreciar varios tipos de ambiente: playas, manglares, ciénegas, pastizales, selvas y sabanas; y las especies que habitan en esos espacios.

“La playa es refugio para los pelícanos y las gaviotas. En temporada de migración, se pueden ver playeros grises que corren en la orilla del mar y que, al llegar la ola, vuelan; cuando se retira el oleaje, se acercan a comer todo lo que se mueve”, revela Chica, mientras, en el horizonte, las aves festejan la vida ruidosamente.

En las ciénegas, explica, se encuentran garzas, espátulas rosadas e ibis. “Son aves muy flaquitas de patas largas, precisamente para que puedan caminar en el fango y alimentarse ahí. En la selva, se aprecian aves muy coloridas como el trogón, el tucán, el momoto o pájaro reloj y aves que se mimetizan con el verde olivo de la vegetación”.

Dice que su experiencia más satisfactoria fue organizar el primer Festival de Aves en Yum Balam, con ayuda de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), porque marcó un antecedente para la región.

“La comunidad asistió a las ponencias que ofrecieron los expertos y el interés de la gente por las aves creció. Además, pude trabajar con los niños para hacer un monitoreo de aves para documentar 160 de las 300 especies que hay en la región”, dice mientras a lo lejos se percibe una sombra inquieta de gaviota que aletea en el cielo.

“Con el apoyo de Fondo SAM, vinieron especialistas en aves que nos hablaron de ellas; además, pudimos imprimir playeras para que los participantes se sintieran identificados con el tema. Incluso, las mismas personas que nos criticaban por *espiar aves con telescopios pequeños* (binoculares), cambiaron su visión de nosotros y de su medio ambiente”.

Bajo la brisa adormecedora de los árboles, Chica recurre a la memoria: “Un día me encontré a un niño que andaba con un tirahúle (resortera) molestando a los pájaros. El niño me preguntó por qué yo espiaba a las aves; y cuando le expliqué la importancia de ellas, me pidió unirse al grupo de avistamiento”.

16

CONSERVAR YUM BALAM

Carlos Loria, pescador yucateco asentado en Chiquilá desde hace 11 años, quien hace recorridos turísticos para promover la conservación de las aves marinas y participó en el primer festival en honor a las aves, se muestra muy preocupado cuando sabe de algún incendio o ve manglares rellenos de cemento o con árboles afectados o muertos.

La misma preocupación la tiene José Juan, quien explica que los ecosistemas de Yum Balam donde habitan, se reproducen, se alimentan y se refugian las aves son muy vulnerables. “Las condiciones climatológicas derivadas de los efectos del cambio climático facilitan la propagación del fuego”.

Un estudio de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp), de 2016, indica que “los desastres relacionados con el clima ya han causado grandes daños y un elevado costo económico a la región. Uno de los incendios más devastadores se presentó en 1989, después del paso del huracán Gilberto, en el que se perdieron más de trescientas mil hectáreas de vegetación”.

Pérez Ramírez detalla que la fácil dispersión del fuego se debe a que Yum Balam está alineado en la ruta de los huracanes, donde los intensos vientos derriban y secan los árboles, fenómeno que los convierte en material combustible.

Pero el fuego no es el único responsable de terminar con el verde; también lo son los desarrolladores y los mercados que demandan maderas preciosas, como cedro y caoba; o de alto valor comercial, como ciricote y guayacán; o duras, como zapote, ramón, chechén, pucté, tzalam y jabín, para la construcción de sus hoteles.

“Por competencia, los árboles crecen hacia el cielo en búsqueda de la luz solar y, después de un tiempo, empiezan a engrosarse. Al ser talados anticipadamente y en pleno desarrollo, pierden su potencial maderero. Ahora, sólo encontramos árboles con troncos muy delgados, de menos de 15 centímetros, cuando antes crecían y tenían hasta un metro de diámetro”.

José Juan aclara que no se ha perdido ninguna especie de flora, pero sí ha disminuido su talla. Espera que en Yum Balam pronto se den las condiciones para que las especies puedan tener un descanso.

Para quienes viven en las entrañas de Yum Balam, su lucha por preservar al Señor Jaguar es de todos los días. Los vigilantes como Cheila, Chepe, Chica, William y Carlos sueñan con un horizonte donde brille el radiante verde, donde los rayos del sol que se filtran de la sedosa nube reflejen el celaje en el azulado mar y donde puedan vivir dignamente en armonía con su territorio. Saben bien que lo que sucede en tierra repercute en la salud de los arrecifes y finalmente en el bienestar de ellos mismos y de los otros seres vivos que comparten la singular y resplandeciente geografía caribeña.

DESCENDER A LA INMENSIDAD DEL TIBURÓN BALLENA

Colosal y perfecto, el gigante cartilaginoso desliza su volumen, su victoria evolutiva, a través de las aguas del tiempo.

Anónimo

El extenso y majestuoso océano ha seducido a los seres humanos desde el principio de los siglos, no sólo por los cálidos tonos que destellan sobre el oleaje, sino por ser el comienzo de la existencia y el estado transitorio de la vida.

El mar amplio nos incita al deseo de recorrerlo, nos da la avidez del viaje. Pero su profundidad también representa el peligro porque el descenso a sus aguas puede significar el camino hacia la muerte; y emerger de él es siempre símbolo de renacimiento.

Bajo la noche que lleva brillantes constelaciones, navegar el mar, aun con la guía de la Estrella Polar o la Cruz del Sur, causa miedo y temor. A los seres humanos les aterroriza lo desconocido: las regiones subterráneas, las cavidades oscuras y ese posible mar profundo que alberga animales sombríos.

El imaginario de las civilizaciones antiguas ha plagado al horizontal azul de grandes criaturas malignas; le ha concedido dioses y diosas que atemorizan a los navegantes; y ha transmitido de voz en voz que existen míticas bestias que asoman a la superficie para devorar a los marineros.

La representación más antigua de un inmenso ser marino se encuentra en una cueva de Noruega y data de 1800 antes de la era cristiana. En el grabado, se aprecia a unos marineros persiguiendo a una enorme criatura que lanza un chorro de agua desde su cabeza.

En Babilonia, la diosa Tiamat era un ser maléfico que en ocasiones se transformaba en ballena y aterraba a los antiguos habitantes de Medio Oriente. En Vietnam, se pensaba que las ballenas eran espíritus protectores que evitaban naufragios. Y en África, se creía que eran seres espirituales que ayudaban a los pobladores asentados en las orillas del mar.

El miedo a ser devorado por un monstruo marino se ilustra en los pasajes bíblicos con Jonás, quien visitó el interior de una ballena a fin de resucitar y experimentar un nuevo nacimiento.

Actualmente, se sabe que los tiburones ballena son los peces más grandes del planeta; aunque poseen una inmensa boca formada por veintisiete mil dientes, no tienen ningún interés en engullir marineros.



Adriana Navarro

Las leyendas que describen a una criatura descomunal saliendo del fondo del mar para devorar a los humanos quedan confinadas a libros y películas, pues el tiburón ballena, contrario a lo que podría pensarse, come mayormente plancton, es decir, minúsculos microorganismos de origen animal y vegetal que se encuentran en suspensión en el agua del mar.

DÓCILES GIGANTES

18

El tiburón ballena es uno de los seres marinos más extraordinarios del planeta: puede alcanzar el tamaño de un autobús urbano (15 a 18 metros de largo) y llegar a pesar lo mismo que un avión (hasta 34 toneladas), según datos de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio).

Se le conoce también como pez dominó porque el estampado de su cuerpo se asemeja a las fichas del juego de mesa: su piel es color gris azulado y parece dibujada con líneas y puntos blancos repartidos por su lomo. Tiene un par de aletas dorsales y otro par de aletas pectorales que le ayudan a mantener la estabilidad en el agua. Respira por cinco grandes pares de branquias que le permiten extraer el oxígeno del agua. Es un animal filtrador, lo que

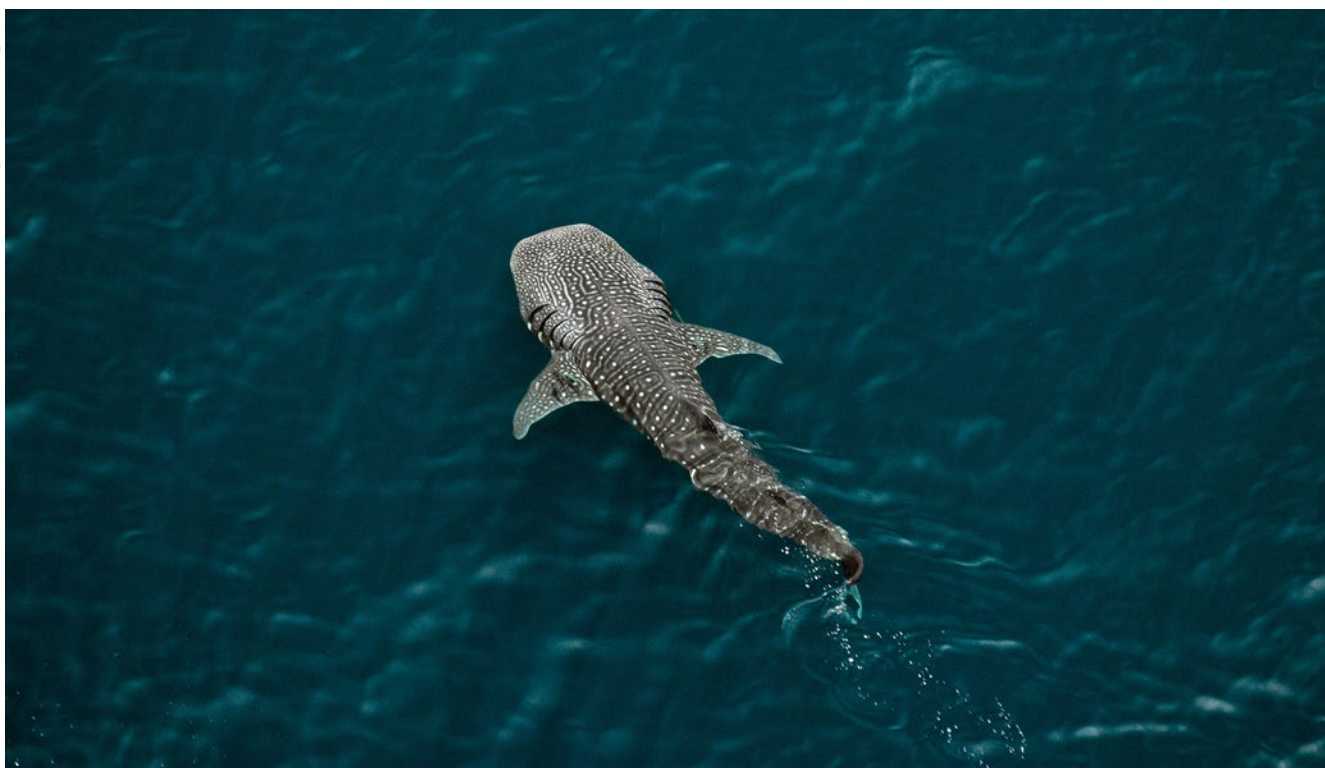
significa que nada manteniendo la boca abierta para tragar pequeños organismos como plancton, kril, camarones, larvas y algas.

Se le ha visto nadando por los mares templados-cálidos de 125 países del mundo, excepto en la zona del Mediterráneo. Monitoreos satelitales indican que puede recorrer hasta trece mil kilómetros, desde el Golfo de California hasta las cercanías de Australia.

Al ser un animal dócil y que se congrega para comer durante muchas horas en la superficie del agua, es vulnerable a la pesca con arpón. Por ello, en algunos países que por tradición lo capturaban decidieron proteger la especie mediante la prohibición de su pesca.

Taiwán es el único lugar donde aún se le pesca porque, en los últimos años, la carne y las aletas del tiburón ballena tienen un alto valor comercial, situación que constituye una amenaza para su conservación. En China, una sola aleta de tiburón ballena puede venderse en alrededor de diez mil dólares.

Los tiburones ballena están en la lista de las especies en peligro de extinción por factores que ocasionan el deterioro o la modificación de su hábitat. Se encuentran protegidos por las disposiciones internacionales que emite la Unión Internacional



para la Conservación de la Naturaleza (UICN), y, en México, por la Norma Oficial Mexicana NOM-059-SEMARNAT-2010.

Hoy en día, con el conocimiento de las características de tan espectaculares animales, los navegantes que parten de las costas mexicanas se internan por varias horas en el azul profundo en búsqueda de estos seres colosales, a fin de nadar junto a ellos, apreciar sus movimientos y sobre todo cuidar su grandeza.

LOS TIBURONES BALLENA DE YUM BALAM

Holbox es una isla de luz de 43 kilómetros de longitud, donde brillan las hojas de la selva mojadas por el rocío y los senderos de arena conducen a nativos y a turistas a observar el atardecer, mientras flota un aire marino. Su horizonte despliega tal belleza que hace creer que al observarlo puede comprenderse el universo.

Holbox, que pertenece al paisaje del Área de Protección de Flora y Fauna Yum Balam, en el estado de Quintana Roo, en el sureste de México, no sólo es una tierra espléndidamente atractiva, sino también es uno de los tres espacios en el país —junto con Bahía de Los Ángeles (Baja California) y Bahía de La Paz (Baja California Sur)— que tienen el privilegio de apreciar el nado del tiburón ballena.

Los pescadores que habitan en Holbox descubrieron —desde hace cinco generaciones— que los tiburones ballena eran animales bonachones que no representan riesgo para los humanos. Incluso, los marineros salían a buscarlos para sujetarse de una de sus aletas dorsales y pasear por las olas, pendidos a su ritmo. Se recostaban en su grandioso cuerpo para sentirse dueños de uno de los más grandes animales vistos en tierra, mar y cielo.

Los pescadores dicen haber visto hasta cien de estos peces en el área, pero los datos de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) afirman que son más de trescientos. En lo que sí coinciden es en que los tiburones ballena se reúnen en la zona de transición

de dos corrientes marinas: la del Golfo de México y la del Mar Caribe —unas tres horas mar adentro— donde abunda el plancton.

Willy Betancourt Sabatinni, pescador de 61 años que se distingue por su piel rojiza y sus ojos iluminados de azul claro, nativo de la isla de Holbox, dice que a los 13 años dejó la escuela para empezar a pescar. “La escuela no me gustó y en la pesca hice de todo: buceo, con redes y con palangres. Luego empecé con el turismo de pesca y de avistamiento de tiburón ballena”.

Sentado bajo una sombra en el centro de la isla, Willy Betancourt narra: “Antes nos permitíamos agarrar la aleta dorsal del tiburón ballena; creíamos que era lo máximo, pero vimos que, después de mucho tocarlos, los tiburones nadaban rápido hacia las profundidades. Hoy sabemos que esas acciones representan malas prácticas en el avistamiento de la especie”.

A unos cuantos metros de Willy, frente al mar, Carmelo García, habitante de Holbox, ha convivido con las especies marinas desde que nació, y recuerda que a los tres años ya salía con su padre y su abuelo al mar.

“Nosotros estábamos acostumbrados a ver el tiburón ballena; los veíamos constantemente. Mi abuelo y mi padre pensaban que los animales nunca se iban de la zona. No tomaban en cuenta las fechas de los avistamientos, que, hoy sabemos, son de mayo a septiembre. Lo único que hacíamos era acercarnos a ellos para pescar las sabrosas cobias o esmedregales color olivo con vientre blanco que nadaban a su alrededor”.

Carmelo García, quien tiene un rostro quemado por el sol, enmarcado por una barba grisácea, recuerda que en el año 2000 los pobladores de Holbox comenzaron a llevar turistas a conocer el tiburón ballena, pero sin seguir ningún tipo de reglamento. “Simplemente descubrimos que el nado con tiburones podía ser muy provechoso, económicamente hablando, y lo hicimos sin ningún tipo de restricción”.

Los pescadores se organizaron en dos cooperativas, la de Holbox y la de Chiquilá (poblado que está frente a la isla), a fin de coordinarse en su actividad turística y respetar a los colosos del mar.

“Analizamos lo que se podía hacer y lo que no. Nos autorregulamos. Con apoyo de autoridades federales, estatales y municipales, llegamos a establecer buenas prácticas e impusimos, en 2003, nuestro propio reglamento, que garantiza la protección de la especie y hoy en día sirve de modelo para los otros estados de México y para otros países”.

El proyecto Dominó: Ecología, Dinámica Poblacional y Definición de Estrategias de Manejo del Tiburón Ballena en el Atlántico Mexicano, ejecutado por los mismos pescadores y prestadores de servicios de Yum Balam, fue institucionalizado por la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp) y estableció un código de ética para la realización de la actividad turística relacionada con la especie.

El proyecto Dominó define la distancia mínima para nadar con los tiburones, prohíbe tocarlos y perseguirlos y obliga a usar chalecos. Incluye otras restricciones, como no tirar basura; no darle de comer a los peces; no pescar en el área donde está el tiburón ballena; no ponerse bloqueador, al menos que sea biodegradable; tirarse al mar de dos en dos para verlos; y no nadar aparatosamente. Carmelo García considera que estos logros se suman a los proyectos que Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) ha impulsado.

Fondo SAM fue constituido en 2004 como un fondo regional de conservación, privado y participativo, cuya Junta Directiva está integrada por donantes; expertos; y especialistas de la Comisión Centroamericana de Ambiente y Desarrollo; así como por los directores de los fondos ambientales de México, Guatemala, Belice y Honduras.

“Gracias a esa institución (Fondo SAM) pudimos viajar a Baja California para capacitarnos e intercambiar información con otros prestadores de servicios del país. De estas reuniones surgieron lineamientos: no más de 10 personas en las embarcaciones y hacer inmersiones o tiradas controladas, de dos en dos

personas, usando esnórquel y aletas para no asustar a los tiburones ballena”, narra Carmelo García.

“El avistamiento de tiburón ballena es para nosotros la gallina de los huevos de oro. Por eso, hay que cuidar la actividad, estar al pendiente de las especies para que la naturaleza no nos castigue. En mi empresa familiar hacemos las cosas bien porque vivimos de los cuatro meses que nos visitan los tiburones, y los ocho meses restantes hay que rascarle por todos lados para generar ingresos”.

Carmelo y Willy saben que algunos de sus compañeros pescadores rompen las reglas del avistamiento de tiburón ballena. Ellos les llaman la atención y los amenazan con denunciarlos con las autoridades federales. Ambos indican que para esta actividad hace falta personal de vigilancia, mayor educación ambiental y cursos de capacitación en primeros auxilios y salvamento acuático, así como apoyo para la compra de motores de cuatro tiempos, más silenciosos, económicos y menos contaminantes; y es fundamental que sólo se acredite a nativos de Yum Balam como prestadores de servicios turísticos de tiburón ballena.

“Hay gente del mar que no sabe leer ni escribir. Son experimentados pescadores y marinos que, al hacer exámenes escritos para acreditarse como prestadores de servicios turísticos, no los pasan; y los puestos a veces se les dan a personas que no saben manejar el mar. Yo considero que el turista es quien está en mayor riesgo por esas decisiones”, señala Betancourt.

UNA MAÑANA CON EL PEZ MÁS GRANDE DEL MUNDO

Primero se vislumbra una mancha oscura sobre el inmenso azul. Una aleta dorsal, en seguida. Luego, un cuerpo larguísimo, gris azulado y misterioso, brillando en lo espumeante del oleaje. Desde la embarcación, los visitantes aprecian el gigantesco animal debajo de sus pies.

Fascinados, conmovidos, temerosos, se van sumergiendo. Un guía dirige el nado de los curiosos.

Junto a ellos, un ser de nueve metros y medio de longitud se desliza con tranquilidad por la ondeada marina. Detrás de la máscara de buceo, los paseantes observan los diminutos ojos del pez y su cabeza ancha y aplastada escudriñando la superficie del mar en pos de alimento.

Año tras año, visitantes de todo el mundo acuden a la isla de Holbox en búsqueda del tiburón ballena. Por día, hasta cuatrocientos curiosos suben a varias lanchas y pangas y pagan entre cincuenta y cien dólares por excursión. Las embarcaciones de 10 personas salen a las siete de la mañana para reducir el mareo excesivo por el oleaje que provoca la brisa de mediodía. Aun así, hay quienes van con el estómago revuelto. Navegan por tres horas en el mar azul profundo, a fin de participar en un baile acuático de los tiburones ballena. Siguen al pie de la letra los consejos del capitán. Se lanzan de dos en dos al mar y evitan tocar al inmenso pez, aunque se sientan atraídos a hacerlo.

Son pocos los turistas que violentan las leyes y tratan de acariciar la piel rayada y moteada del tiburón, pero, cuando sucede, el capitán detiene la actividad y alecciona a los infractores sobre la importancia de respetar la especie.

La imagen de ese extenso y majestuoso animal que fluye junto a ellos es impresionante e inolvidable. Un aire de felicidad y asombro permanece en la expresión de los excursionistas cuando regresan a flote.

Los guías y los capitanes reconocen que en la actualidad hay más turistas conscientes de la necesidad de cuidar la naturaleza y narran una de sus mejores experiencias en el mar profundo.

El capitán Carmelo recuerda: “Lo mejor que me ha pasado es ver cómo a la gente se le salen los lagrimones de emoción al nadar con ellos y le agradecen a uno que los haya llevado a verlos”.

Por su parte, Willy Betancourt dice: “Hace varios años, nos embarcamos con un señor que no podía caminar. Ese día, los tiburones ballena no se dejaban ver. Estuvimos mucho tiempo esperando a que salieran a la superficie hasta que vimos la sombra de

uno de ellos cerca del bote. Dos guías sostuvieron al señor para que pudiera bajar al mar. El tiburón ballena hizo algo que nos sorprendió a todos: se quedó estático como esperando que el señor lo viera, como si hubiera entendido la situación tan particular de esa persona”.

TIERRA ADENTRO

A unos metros de la orilla del mar, lejos del tiburón ballena, en medio de la isla de Holbox, vive Morelia Montes Varona, una mujer colombiana, naturalizada mexicana; es una de las personas más conocidas en Yum Balam, por su talento, su interés y sus ganas de ayudar a su comunidad y al medio ambiente.

“Llegué a vivir a Holbox en el año 2004. Fue una decisión muy intempestiva, sin mucho razonamiento. Dejé todo y me convertí en activista”, dice desde el comedor de su casa mientras trata de bajar de la mesa a los gatos y acallar a una veintena de perros que, emocionados por sus palabras, ladran y juegan con ella.

Cuando Morelia llegó a la isla, quería ser parte de las soluciones ambientales, y para cumplir su deseo se acercó a las instituciones de gobierno, donde le ofrecieron manejar algunos programas sociales. Relata que le costó mucho trabajo cambiar la mentalidad de la población y la mala forma de administrar los recursos de dichos programas. “Cuando acepté operar el programa de empleo temporal, diseñé un esquema elemental de



Fundación Albatros

separación de basura. Contraté a cinco personas de la comunidad para que juntos limpiáramos, barriéramos y saneáramos la isla. Hubo oposición por parte de los pobladores. Pero luego de mes y medio se implementó el hábito de separar los residuos orgánicos e inorgánicos”.

Cuenta que, por iniciativa propia, buscó mejorar la vida de la fauna doméstica de la isla. Introdujo normas de higiene y desparasitación. “Iba de casa en casa bañando a los animales con líquidos especiales para controlar las garrapatas. La gente me fue conociendo y creyó que yo era veterinaria”.

En 2005, Morelia, la mujer experta en animales, vivía en una casa ecológica, que se iluminaba con paneles solares y en la que conservaba alimentos en hieleras. Morelia se contentaba con aquella vida cercana al sol, al canto de las aves y al murmullo del mar. No contaba con que, en octubre de ese año, los intensos vientos se llevarían su casa por los aires. El huracán Wilma lo destruyó todo.

A pesar de ese tropiezo, Morelia se recuperó y rentó una casa más hacia el centro de la isla, no sólo para ella, sino para refugiar a los animales sin hogar, donde actualmente vive acompañada de más de una treintena de ellos. En poco tiempo, leyendo y pidiendo ayuda telefónica a veterinarios de Cancún, aprendió a curar a la fauna doméstica y promovió campañas de esterilización para frenar la población de perros y gatos en Holbox. La gente fue acostumbrándose a recibir ayuda de Morelia, a tal grado que le llevaban hasta fauna silvestre: pelícanos, mapaches y tortugas.

“Un día vino un señor y me dijo: ‘¡la agarra usted o la mato yo!’ Y vi una boa como de tres metros, ¡enorme! Un montón de gente aterrada rodeaba al animal. Estaba desde el alcalde hasta el comisario ejidal. Y yo le pedí a un señor que me ayudara a agarrarla. Le di una jaula de perro. El señor se quitó la camisa, la arrojó a la cabeza de la boa, la enrolló y me la entregó. El hombre se convirtió en el héroe del pueblo. Lo mejor fue que logramos salvarla y liberarla al día siguiente, al otro lado de la ensenada”.

Consternada, subraya que urge un veterinario y un centro de atención animal para controlar la fauna

doméstica no sólo en Holbox, sino en todas las comunidades de Yum Balam, y hacer campañas de esterilización cada año.

Con una sonrisa abierta y cuidando de reojo al mapache que juega sobre la cama con los perros, explica que de lo que está más agradecida es de la intervención de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM). “Ellos equiparon y apoyaron la consolidación de Alma Verde y Casa Wayuú. Pusieron la infraestructura, las computadoras, todo”.

Morelia forma parte de ambas organizaciones y cuenta con gran orgullo que Alma Verde es una organización social, formada a finales de 2016, que se dedica a la protección de la isla de Holbox mediante acciones de saneamiento; educación ambiental; apoyo a la fauna silvestre y doméstica; monitoreo de tortugas marinas; y capacitación para separar basura y elaborar composta casera.

Por su lado, Casa Wayuú, ubicada en Solferino —en un terreno propiedad de Morelia— y constituida a principios de 2016, coordina labores de conservación con las comunidades que viven en Yum Balam y funciona como centro de investigación y monitoreo para la educación sobre el medio ambiente.

“Con recursos de Fondo SAM hemos generado un movimiento social que no existía. La gente ya sabe que hay un espacio en apoyo a la conservación. Por ejemplo, los investigadores pueden llegar y quedarse en Casa Wayuú y trabajar con el equipamiento que nos da Fondo SAM; por ellos tenemos una oficina con el equipo adecuado. Entonces, hacemos monitoreo de aves con los niños y talleres de manglares con el doctor Jorge Herrera”, dice Morelia al mismo tiempo que una lluvia leve refresca el ambiente.

“Por medio de Casa Wayuú también estamos monitoreando predios y terrenos que cambian de uso de suelo y destruyen manglares, a fin de darle esa información a la Conabio (Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad) y otras autoridades. Generamos propuestas para que en la comunidad se vuelvan conservacionistas y guardaparques, y trabajamos mucho con los niños”, agrega, mientras mira a través de sus ojos azul verde

a sus compañeros de casa —los perros y los gatos— para que no empiecen una contienda.

Morelia se reúne con otros activistas que promueven la educación ambiental, como Gerardo Ávila, quien fundó la organización civil Manaholchi, que hace monitoreo de manatíes y separación de basura; y Leongina Ávila García, quien constituyó, también con el auspicio de Fondo SAM, una sociedad cooperativa llamada Sirenas de Holbox, en la que se capacita a mujeres para la creación de artesanías bordadas, en madera y vidrio.

Morelia, Gerardo y Leongina comparten el aprecio por el esplendor del paisaje natural donde viven, y en conjunto ofrecen educación ambiental a la población, sanean la isla, conservan el lugar y ayudan a las personas a tener ingresos extras.

Gerardo dice que una de sus mejores experiencias es saber que hay personas interesadas en la salud de la isla: “Hay un grupo de muchachos que vio nuestro trabajo en Facebook y decidió de forma voluntaria ayudarnos con la separación de basura. Esos muchachos llegaron desde Cancún, nos ayudaron a recoger todos los botes de basura que están distribuidos en Holbox y los llevaron a mi casa, donde separamos el material. Cuando terminamos, nos lavamos bien las manos y comimos juntos como una gran familia”.

Leongina asegura que darles ánimo y confianza a las mujeres es una de las experiencias más reconfortantes: “Por medio de Fondo SAM recibimos capacitación para organizarnos, y con la artesanía obtenemos un dinerito extra y asistimos a ferias para vender cortinas y colgantes hechos con conchas”.

Para Morelia, su mejor experiencia fue la construcción de un parque temático en el pueblo de Solferino: “Convocamos a la comunidad para que juntaran las llantas de los vehículos y las llevaran a un terreno baldío. Las señoras que en un principio estaban molestas porque las habían mandado llamar del sector salud como obligación recuperaron su buen humor al decorar las llantas. Hoy el terreno baldío es un parque con puentes, subidas y bajadas y columpios para que los niños jueguen. Fue una experiencia única”.

Morelia concluye que a ella le cambió la vida interesarse por la conservación: “Es muy enriquecedor saber que eres parte del cambio. Yo seguiré defendiendo este lugar todos los días”.

Willy, Carmelo, Morelia, Gerardo y Leongina comparten algo extraordinariamente valioso y es que son la solución exacta para la conservación y el aprovechamiento de los recursos naturales que los rodean. Son personas esenciales para desarrollar economías locales resilientes, alineadas con su entorno y dentro de los límites y las capacidades de cada ecosistema. Forman parte del capital humano que da su mejor esfuerzo para llevar una vida digna y, a la vez, custodiar los tesoros naturales de México.

23



Gabriela Ochoa

BELICE



CO,

EL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA

*El corazón terrestre emana vida
para los bosques, ríos y océanos,
igual que siempre desde la mañana grande del mundo [...]*

*Las cosas más humildes se estremecen
con sacra sed de vida [...]*

Percy Bysshe Shelley

25

Hilberto Co, *hombre-montaña*, tiene el don de hacer crecer los árboles. Es capaz de modificar la geografía de Belice con su espíritu. Este hombre maya logra que la lluvia, el sol y el carbono oculto en la brisa marina se reúnan a fin de que las plantas selváticas sigan su camino al cielo en búsqueda de la luz.

Cuando alguien se pregunta “¿por qué está tan verde la selva de San Pedro Columbia?”, la respuesta, sin duda, la conoce el espíritu chamánico de Hilberto Co.

Este *hombre-selva* registra en su libreta las semillas que ha sembrado en la tierra y el crecimiento de la arboleda que ahora se acerca a las nubes. Contabiliza 9,300 árboles que hoy dan sombra a los caminos y resguardan el canto de los pájaros.

Hilberto, su esposa Rosaria y sus dos hijos, Joslyn e Hilberto Jr., habitan en una cabaña de madera construida en lo alto de San Pedro Columbia, en el distrito de Toledo, en Belice. Ellos cuidan el monte y el Río Grande, que atraviesa su comunidad.

Es una mañana soleada de agosto y me encuentro con la familia Co. Sentados en la entrada de su casa sobre unos maderos que reposan en el piso de tierra, conversamos, con un atropellado inglés, frases sueltas en español y palabras mayas, sobre la reforestación de la montaña que nos cobija y que a la vez nos escucha mientras hablamos de ella.

Hilberto Co nos cuenta que 2001 fue un año muy difícil para San Pedro Columbia. El huracán Iris —el más destructivo registrado en Belice desde 1961— descargó grandes aguaceros en la aldea, que causaron fuertes escurrimientos de tierra. Iris alcanzó rachas de viento de hasta 230 kilómetros por hora al impactar en territorio beliceño. “El huracán arrancó los árboles y las casas de la gente”, dice Co, ahora convertido en *hombre-lluvia*.

Con toda su sabiduría, Co, *hombre-montaña*, narra que luego de ver el daño en su tierra se dedicó a reemplazar cada árbol arrebataado por Iris. Para él y la cosmovisión maya, los cerros son protectores, y entre las personas y las montañas se establece una relación de ayuda recíproca.

Co, *hombre-semilla*, visita cada árbol, le pone agua y lo lleva hacia la luz para que sobreviva y tenga larga vida. “Mantenerlos es muy importante porque toma tiempo. Al menos un año para que crezcan fuertes. Los primeros seis meses debes estar muy cercano a ellos”.

La conexión de Hilberto Co con la montaña se remonta a sus ancestros. La aldea donde vive es un monte sagrado en el que los antiguos mayas ofrecían sacrificios para que los campos fueran fértiles y las personas vivieran plenamente. Un viento acaricia cálidamente la selva. Y al escuchar a ese *hombre-*



montaña-selva-lluvia-semilla-río-viento, me parece que escucho a todos los espíritus de la naturaleza.

Rosaria, su esposa, nos pregunta si queremos una taza de cacao cultivado por las manos de la familia Co. “¡Claro que sí!”, respondemos. Bebemos y conversamos sobre 2011, cuando Iris —el huracán— dejó la tierra expuesta, sin sombras y con un sol arreciado, con animales mal comidos y campos revueltos.

“Si nosotros no cuidamos nuestro Río Grande, ¿quién lo hará? Él es vida. Nos traslada al mar. Nos da de comer. Por eso le pusimos árboles frutales a su alrededor, para que cuando los frutos caigan a su afluente alimenten a los peces. Para que cuando estén suspendidos en sus ramas alimenten a las aves y a las iguanas. Y cuando caigan a la tierra nos alimenten a nosotros”.

Necesitamos entender que el clima está cambiando y que los árboles son nuestros aliados para protegernos, dice Co, *hombre-espíritu*. “Los árboles se conectan con las nubes. Si no hay árboles, no hay lluvia; y si no hay lluvia, no hay vida. En San Pedro Columbia hemos plantado flores, cedros, caobas, frutos y cacao. Sembramos para cada ser que habita aquí”.

“Cuando empezamos a sembrar plantas al lado de la corriente, la gente pensó que estábamos locos. Poco a poco la gente fue cambiando su mentalidad. A cada

uno yo les explicaba que cuidar el río es primordial para la vida”, dice y apunta con su dedo hacia la aldea para señalarnos las coordenadas del afluente.

Hilberto Co, *hombre-río*, ha transformado su alrededor. Fue sembrando la idea en su comunidad y ahora los aldeanos están convencidos de cuidar las plantas. Colocó pacientemente una semilla en la conciencia de la gente y su idea traspasó fronteras. Decenas de personas de varias partes del mundo llegan a San Pedro Columbia a buscar a Co para que les enseñe la magia de hacer crecer a los gigantes verdes.

XUCANEB, MONTAÑA SAGRADA

El susurro de las hojas de la selva no deja de comunicarse y nosotros bebemos la segunda taza de cacao. Co nos cuenta que nació y creció en el pueblo de San Pedro Columbia, Belice. Que terminó la primaria. Que su padre campesino le enseñó a sincronizar los ciclos agrícolas con las temporadas de lluvia, de los vientos, del frío y del calor. Le enseñó, además, el modo de vivir de los mayas, forma que conserva hasta estos días.

En 2010, Co creó la organización civil Xucaneb, que en maya significa *montaña secreta*. La misión de Xucaneb es conseguir que más personas se unan a la siembra de árboles. El Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés), organización beliceña que se ubica frente al mar —a 20 minutos en carretera de la casa de Co— le ayudó a concretar su idea.

Uno de los objetivos del TIDE es promover la generación de ingresos con actividades productivas sustentables y acompañar la cogestión o comanejo de recursos forestales y marinos de la Reserva Marina de Puerto Honduras, que cubre el corredor marino de las montañas mayas, un área de conservación de 414 kilómetros cuadrados.

El TIDE, con el programa Ridge to Reef (R2R, como se le conoce; o De la Cuenca al Arrecife, en español), invita a familias, viajeros y estudiantes

del mundo entero para que conserven la reserva protegida de Belice junto con los lugareños. Así, Xucaneb ha recibido estudiantes, principalmente ingleses y estadounidenses, que, interesados en la conservación, se inscriben en R2R y van a la montaña con Co.

“Los estudiantes trabajan muy duro. Empezamos a las nueve de la mañana. Luego, a las 10:30 de la mañana comemos una fruta o un chocolate. A las 12:30 hacemos el almuerzo y seguimos la faena hasta las tres de la tarde. Es una gran experiencia, un intercambio espiritual con la naturaleza”, dice Co y lleva a su boca la taza de cacao. “Mi esposa les muestra la forma en que borda las servilletas y cómo teje canastas con la hoja de palma. Ellos compran a las mujeres de la aldea sus productos y eso ayuda mucho a las familias que viven aquí. Estamos muy agradecidos”.

Rosaria sale de la casa. Lleva en sus manos decenas de mantillas hechas a mano. Los bordados dan forma a guacamayas, tucanes, tortugas, soles, mares, flores y montañas. Nos explica que desde su bisabuela cultivan la tradición de tejer y ella a su vez le ha enseñado a su hija Joslyn.

Los veo y pienso que la sabiduría de los Co llega más allá del lapso de vida de un ser humano. Porque ellos, como los antiguos mayas, ven por el mantenimiento perpetuo del orden del cosmos para el bienestar social. Y en su forma de vida hay una tradición que trasciende el tiempo.

Con su poder —que es su fuerza de voluntad— y con ayuda de los estudiantes del programa R2R, Hilberto Co ha logrado que las hojas y las raíces de los 9,300 árboles retengan carbono, generen oxígeno y fortalezcan la resiliencia del bosque; y que contribuyan a reducir tanto la erosión del suelo como la cantidad de sedimentos, nutrimentos y agentes químicos que llegan al río. Ha conseguido que se recarguen acuíferos subterráneos con una mejor absorción del agua de lluvia. Ha hecho que este día de verano y los demás días que fueron y que vienen se sientan más frescos por la sombra de los árboles.

Caminamos junto a Hilberto Co, quien nos lleva al Río Grande. Ahí me enseña la arboleda que protege

el caudal. Dice que le gustaría tener un centro comunitario para su organización, Xucaneb, una computadora y una asistente. Un centro donde se promueva la educación ambiental; se haga conciencia de que lo que sucede tierra adentro se refleja en el mar y en el arrecife; y se investigue; y donde los estudiantes puedan profundizar en el conocimiento sobre el tema y comprender a detalle los beneficios que brinda el ecosistema.

Observa mi grabadora y me comenta: “Quiero grabar una invitación”. Con su amable voz dice: “Invito a toda a la gente a que planten árboles en la comunidad donde viven. O, mejor aún, que vengan aquí a San Pedro Columbia, Belice, y planten un árbol. Nosotros nos aseguraremos de que crezca pleno, porque ellos, al igual que las personas, los animales y las estrellas, son sagrados”.

LA HUELLA DE CAZ

Dejamos la aldea de Hilberto Co. Regresamos a la comunidad de Punta Gorda, en el distrito de Toledo, donde se ubica el Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés), organización sin fines de lucro reconocida por su brillante labor en la conservación del hábitat. Me acompaña Caroline Oliver, gerente de expediciones del programa Ridge to Reef (R2R).

El distrito de Toledo está a 335 kilómetros por carretera de la ciudad de Belice y a unos veinte kilómetros de la comunidad maya de San Pedro Columbia.

Belice es un país increíblemente diverso en términos biológicos y culturales. Cuenta con 65 áreas protegidas, más de sesenta por ciento de cobertura forestal y una porción importante del segundo sistema arrecifal más largo del mundo. Es también una nación ejemplar por sus esfuerzos de conservación de la biodiversidad. Por las calles del distrito de Toledo se ve convivir a las comunidades garífuna, rastafari, mestiza, criolla, maya y extranjera.

Las oficinas del TIDE están frente a un muelle que da al Mar Caribe y sus innumerables tonalidades de azul.



Gabriela Ochoa

28

Es el océano más apacible que he visto en estos años de viaje. Parece una postal.

Caroline es una joven inglesa de 32 años a quien la gente llama Caz. Llegó a Punta Gorda, Belice, hace cuatro años, como voluntaria del TIDE. Ahora, es pilar de la institución. En 2013, cuando era voluntaria, el TIDE comenzó a desarrollar el programa R2R. Caz, al conocerlo, se quedó en Belice para impulsarlo y hoy es responsable de llevarlo a cabo.

“El programa R2R consiste en capacitar a turistas en la conservación de la naturaleza y crear empleos para la comunidad de Belice”, dice desde el escritorio de su oficina la experta en medio ambiente y economía. Es decir, el programa R2R invita a gente interesada en la conservación a explorar la Reserva Marina de Puerto Honduras, obtener información teórica y desempeñar actividades prácticas con la comunidad en beneficio del área natural protegida, así como recibir entrenamiento para la certificación de buceo en aguas abiertas.

R2R busca conservar el ecosistema desde la ciencia. Por ello, el programa resulta idóneo para estudiantes de cualquier carrera, pero se extiende también a familias, parejas, viajeros, abuelos o abuelas interesados en el medio ambiente, quienes compran un paquete diseñado especialmente para ellos. “Las y los exploradores ayudan a las comunidades y a la vez aprendan de ellas sobre conservación. El gasto que los turistas hacen en restaurantes, tiendas, servicios

de capitanía se queda en la comunidad. Es un círculo virtuoso”, afirma, con su bella sonrisa, Caz, maestra en conservación y turismo.

Entre semana, los exploradores trabajan en la comunidad. Por ejemplo: van a San Pedro Columbia para desarrollar el proyecto Xucaneb; visitan las comunidades de pescadores en Monkey River y Punta Negra, donde aprenden a elaborar aceite de coco; asisten a las escuelas con los niños; hacen reciclaje con la basura que recogen de las playas; o comparten información en pláticas con las comunidades sobre las amenazas que la proliferación del pez león representa para el ecosistema arrecifal. Los fines de semana se relajan y nadan en las cuevas de Blue Creek, bucean en espectaculares parajes submarinos, visitan las ruinas en Lubantunn y Nim Li Punit, caminan cerca del Río Grande o aprenden a hacer el chocolate de acuerdo con la tradición maya.

La mayoría de los estudiantes que llegan a R2R son de Estados Unidos porque les es más económico viajar a Centroamérica. Mientras que los que viajan de forma individual provienen de Inglaterra, por la publicidad que hace el TIDE en el país británico. “Son jóvenes que en promedio tienen entre 20 y 21 años de edad. Han venido a visitarnos niños y niñas de seis años hasta abuelos y abuelas mayores de setenta años. Se quedan hasta seis semanas en la reserva y se alojan con personas de la comunidad”, detalla Caz.

Para la gran mayoría de los visitantes es la primera

vez que salen de su país y se encuentran con una nueva cultura. “Abren los ojos a otro mundo. Aprenden más de lo que ellos creyeron. Es una hermosa convivencia entre distintas razas y culturas. Definitivamente, los exploradores de R2R cambian su apreciación sobre el medio ambiente y la manera de involucrarse con él”, afirma Caz, quien antes de impulsar R2R trabajaba en un proyecto científico marino en las Bahamas. Caz está convencida de que el proyecto no hubiera sido posible sin el respaldo de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM).

Fondo SAM es una organización internacional privada, sin fines de lucro, con visión regional, que promueve financiamiento a proyectos de conservación a nivel local. Durante sus primeros años, enfocó sus prioridades en el fortalecimiento del manejo de las áreas protegidas que son parte del Sistema Arrecifal Mesoamericano, compartido por México, Guatemala, Belice y Honduras. Recientemente, Fondo SAM ha ampliado su campo de acción para invertir también en temas de adaptación al cambio climático y de manejo y recuperación de pesquerías artesanales.

“Fue asombrosa la experiencia con Fondo SAM. El programa no habría llegado donde está si ellos no hubieran mejorado todas las instalaciones del TIDE y provisto los nuevos equipos de buceo. Su apoyo en el mercadeo del proyecto fue fundamental. La confianza que tuvieron en el proyecto es lo que más valoro. La mancuerna que hizo Fondo SAM con R2R fue grandiosa porque se echó a andar uno de los programas de voluntariado más atractivos del mundo. Las acciones de conservación repercuten directamente en la reserva porque los voluntarios resuelven problemáticas concretas”.

El reto es que más personas se interesen por R2R porque es un programa capaz de hacer que la gente le dé un nuevo valor a la vida. “Yo espero que las personas tomen conciencia y haga esfuerzos por reducir su huella ecológica, es decir, por disminuir el impacto ambiental que genera la producción de bienes y servicios necesarios para la vida humana. Me preocupa la enorme inequidad que representa el cambio climático, consecuencia del capitalismo y del

consumo excesivo de combustible, pues la gente más pobre es quien más lo resiente. Hay una desigualdad profunda: las personas de escasos recursos no se benefician de la tala que hicieron a sus bosques para abrir paso a la ganadería, porque ellas no son las que van a McDonald’s a comer una hamburguesa”, dice Caz, a quien le apasiona trabajar por la conservación marina.

EL HOGAR DE LAS SONRISAS

Salgo de las oficinas del Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés) en búsqueda de la casa de Sylvia Muschamp, un ama de casa que hospeda a estudiantes del programa Ridge to Reef (R2R). Su hogar está a un kilómetro del TIDE, en Hopeville, Punta Gorda. Vive en una vivienda de madera de dos pisos. Un pequeño perro que menea la cola custodia la entrada.

Sylvia me recibe con un caluroso abrazo. Me cuenta que el TIDE le explicó del programa R2R y ella se interesó por ser anfitriona. Acondicionó para renta un cuarto bajo las escaleras de su casa. Desde 2014 hasta la fecha, ha recibido a 30 personas, en su mayoría estudiantes de 18 a 22 años.

“Yo les cocino principalmente platillos beliceños. Convivimos en familia, mi esposo, mis hijos y ellos. Nos cuentan sus grandes aventuras y nos muestran fotos de cuando van a bucear y de los animales que les gustan. Nos dicen que les encanta nuestro clima. Aman las frutas y las verduras y les fascinan las tortillas con frijoles”, dice Sylvia mientras su nieto intenta dar sus primeros pasos en la sala. Con una inolvidable sonrisa, relata: “Jamás he tenido una mala experiencia. Yo siempre busco que se sientan bienvenidos a casa. Son personas maravillosas. Pronto nos acostumbramos a ellos. Aprendemos mucho de su cultura y ellos de la nuestra. Cuando se acaba el programa R2R, ellos no quieren regresar a sus países y nosotros nos quedamos extrañándolos mucho”.

Desde la cocina donde prepara un agua de limón, Sylvia dice que R2R ha sido de gran beneficio para su

comunidad. “Los muchachos hacen turismo, ayudan a preservar los recursos de las aldeas y eso nos beneficia económicamente a todos. Desde que soy anfitriona me siento más segura de mí misma porque tengo un ingreso económico. Además, he visto que mis hijos son más receptivos, más abiertos para aprender, les gusta convivir más con las personas”.

LA NOCHE EN LA SELVA

30

El cielo previo al anochecer se ilumina de rojo y anaranjado. Me siento a contemplarlo a la orilla del mar. Llega al muelle una densa capa de neblina que me impide ver las constelaciones. El océano está apacible. Me predispongo para caminar por la carretera solitaria de San Antonio en este rincón del mundo que se baña del Mar Caribe.

En el camino me encuentro con el restaurante bar Walucos. Me parece que es el más famoso de Punta Gorda, pues esa noche se encuentran departiendo con cerveza Belikin la mayoría de sus habitantes. Entro y pido una. Mujeres y hombres se sientan en mi mesa a conversar. Hablamos de la excepcional naturaleza que nos rodea. Orgullosos, describen las maravillas de vivir en una reserva natural.

Un hombre rastafari dice que Punta Gorda es el mejor lugar para vivir, pues la gente es amable y su entorno les provee frutas y pescado, lo esencial para la vida. Dice que como tributo a la madre tierra lleva su cabello largo y trenzado. Las rastas representan la raíz de los árboles, la fuerza de la naturaleza y de donde se sostiene la existencia y la libertad. A lo largo de su vida, en 42 años, sólo ha cortado dos veces su cabello. Una vez para depositarlo en la tumba de su tío y una más en la tumba de su abuelo. Las rastas dan fuerza a sus seres queridos para seguir su nuevo destino.

“Celebrar la naturaleza es primordial para esta comunidad”, pienso. Salgo de Walucos y camino guiándome con la luz de la luna.

Me interno en la selva en búsqueda del Río Grande. Atrás dejo el susurro del pueblo. El rumor del mar

se escucha demasiado lejos. Bajo mis pies cruje la hojarasca. Avanzo. Percibo las siluetas de las montañas mayas. Sombras de árboles. Presiento las miradas de la fauna. Avanzo. El follaje denso oscurece el horizonte. Escucho el sonido terso que el viento obtiene del follaje. Disfruto del canto de los grillos, de las voces cristalinas de los pájaros y de su aterciopelado aleteo. Trato de descifrar el entramado y el movimiento de las lianas.

El aire libre porta aullidos. La respiración de los animales. Las secretas miradas. Ruge un animal. Me detengo. Lo presiento cercano. Tiemblo como hoja marchita que está a punto de caer del árbol. Un ruido de rama que se quiebra. Salto. Quiero regresar. No encuentro el camino. La selva me consume. El sonido del río suena crecido. Tal vez, si sigo su cauce, salga del plumaje boscoso que ahora me aturde.

Un hocico, la lengua, los ojos. Imagino una feroz bestia con manchas negras sobre su pelaje naranja acercándose a mi cuerpo, a punto de engullirme. Clemencia es una palabra que poco se usa. Pero esa noche, los nervios me han obligado a pronunciarla. Me paralizó. Siento que me observa. Aguarda a que la presa quede a su suerte. Saborea el banquete. Quiero escapar. Pienso en las historias por escribir. Flota en el aire la saliva del jaguar. Los ojos del tigre. Doy la vuelta para enfrentar con valentía mi destino.

Tras de mí, dos mujeres me observan. Me preguntan si estoy disfrutando de la naturaleza. “Por supuesto”, contesto, tratándome de sacudir el terror que traía untado en el cuerpo. Con respiración entrecortada, les pido que me enseñen el camino de regreso al pueblo. Las tres caminamos bajo las sombras. Ellas me hacen distinguir cada sonido que sale de la selva de Belice. Me doy cuenta, entonces, de que lo que yo creía que era un tigre resultó ser un pecarí de labios blancos.

INSTRUCCIONES PARA ENAMORARSE DEL OCÉANO

*Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.*

Rafael Alberti

“Yo soy amante del mar. Le he dado y le daré todo mi tiempo. Todo mi amor. Toda mi atención porque el océano es invaluable”, confiesa Víctor Williams, en el muelle de Punta Gorda, en Belice, una tarde soleada de agosto.

Víctor es beliceño. Es experto en especies marinas. Su signo es Libra. Tiene 26 años y cuenta su historia: “Yo nací y crecí en estas costas, aquí, en Punta Gorda, Belice. Mis papás, mis abuelos y mis bisabuelos siempre han sido pescadores, gente de mar”.

Punta Gorda, conocida como PG, es una comunidad de seis mil habitantes. Es una localidad costera con casas de madera ubicada en el sur del distrito de Toledo. Es un puerto famoso para los viajeros que arriban, principalmente de Guatemala, en embarcaciones. Es el espacio propicio para explorar

la cultura maya, los cayos del sur, el Arrecife Mesoamericano, y saborear un rico cacao.

Punta Gorda se extiende a lo largo del Golfo de Honduras. Sus calles bordean el mar y ofrecen una vista espectacular y tranquila del azul caribe. Es ideal para subirse a la bicicleta y recorrer el pueblo en dos ruedas. Punta Gorda no tiene playa, pero es muy divertido saltar —junto con los nativos— a las cálidas aguas del mar desde los distintos muelles que están sobre la carretera.

En el centro de Punta Gorda hay un parque triangular con una torre de reloj pintada de azul y blanco, donde la gente se reúne cuando va cayendo el sol a conversar en inglés, maya, mestizo y criollo. Alrededor de la plaza principal hay varias tiendas de abarrotes atendidas por chinos y mayas; un mercado

31





32

de fruta fresca; y dos bancos. Por la tarde se percibe un fuerte olor a chocolate, pues hay al menos dos fábricas de cacao que enseñan a los turistas cómo se procesan las semillas.

Punta Gorda tiene bosque tropical, montañas, ríos, arrecifes de coral y villas mayas. Hay manchones de arrecife a ocho kilómetros de la costa y la barrera se extiende a 35 kilómetros de tierra firme. Ahí es donde Víctor ha pasado la mayor parte de su vida: dentro del mar, cuidando el coral y la fauna marina.

Víctor William, estudiante de biología marina y nativo de la comunidad, tiene algo que lo distingue del resto de las personas: su inmenso amor al océano, su capacidad de cuidarlo, su conocimiento sobre las especies y su facilidad para recorrerlo en la profundidad. El Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés), ubicado dentro de Punta Gorda, vio las virtudes de Víctor y lo invitó a ser investigador comunitario en 2008, es decir, a formar parte integral de los esfuerzos de investigación y monitoreo que realiza la institución.

El TIDE es una institución privada que se fundó en 1997 para conservar el ecosistema de Belice, proteger al manatí de la caza furtiva y evitar la degradación marina. Es una de las organizaciones no gubernamentales más importantes del país. Se encarga de velar por la Reserva Marina de Puerto Honduras, que se extiende principalmente al norte de Punta Gorda y abarca 160 millas cuadradas,

equivalente a 414 kilómetros cuadrados. La reserva se llama así porque está en el Golfo de Honduras; fue declarada como área protegida en el año 2000.

Cuando el TIDE invitó a Víctor a formar parte de su organización, el joven buzo no sabía que iba a enamorarse perdidamente del mar, pues creció en una familia de pescadores comerciales que no sabían del cuidado del océano. Además, cuando la reserva fue declarada como área protegida, tuvieron que dejar su territorio, razón por la cual la conservación no era un tema ni alegre, ni amoroso.

A pesar de las circunstancias, Víctor sobresalía por su conocimiento de la región y por su forma natural de conducirse bajo el océano. La gente lo recomendaba siempre y el TIDE lo llamó para que fuera investigador comunitario. “Me entrevistaron, respondí a sus preguntas, les gustó y así fue que conseguí un cupo para entrenar y volverme investigador”, cuenta el joven, quien tiene un profundo respeto por las tortugas.

El programa Investigadores Comunitarios, impulsado por el TIDE, ofrecía una beca a los jóvenes destacados, como Víctor, para enseñarlos a bucear e interpretar datos importantes bajo el agua. Funcionaba a manera de escalón para los investigadores en la búsqueda de su vocación y como una forma práctica de involucrar a la gente en el cuidado del sistema arrecifal.

El programa fue apoyado económicamente por Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), una organización privada que centra sus esfuerzos en la conservación del medio ambiente y que invierte recursos financieros y ofrece capacitación en distintas reservas naturales de México, Guatemala, Belice y Honduras. Fondo SAM es auspiciado, a su vez, entre otros, por KfW, el banco alemán de desarrollo, en el marco del proyecto Conservación de Recursos Marinos en Centroamérica.

Los becarios del programa, de la mano del TIDE, fueron capacitados para medir la salud de los arrecifes de coral utilizando el método del Sistema Arrecifal Mesoamericano (específico para el Arrecife Mesoamericano) y el método AGRRA (Atlantic Gulf

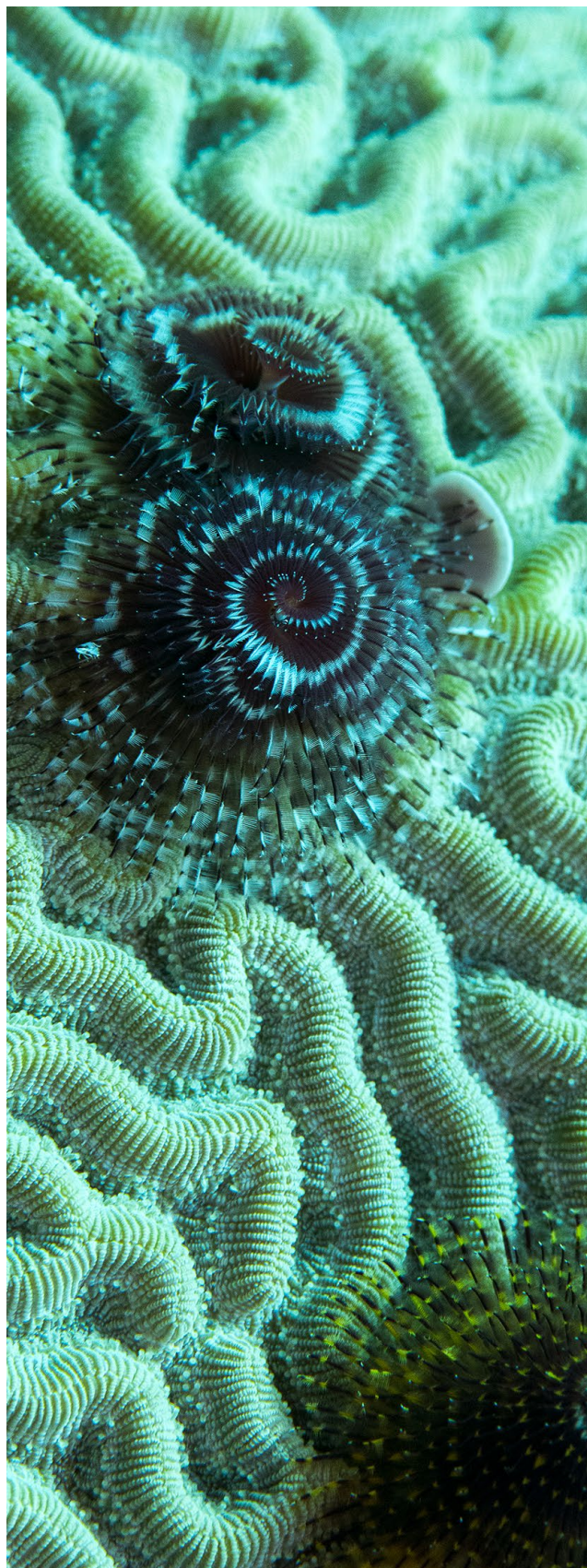
Rapid Reef Assessment) (para comparación con el resto del Caribe). Se les preparó para conocer la salud de los pastos marinos usando el método SeagrassNet y la productividad de los ecosistemas de manglares utilizando el método del Sistema Arrecifal Mesoamericano. Adicionalmente, se les capacitó para vigilar nidos de tortugas; medir conchas de caracol rosado y especímenes de langosta; y monitorear la calidad del agua, incluyendo análisis de nutrientes y sedimentos. Aprendieron también a evaluar las poblaciones de peces (estudios de captura y de mercado); dar seguimiento a la pesca de control de pez león; coleccionar otolitos, parte del oído interno de los peces óseos que permiten determinar su edad; y estudiar los contenidos intestinales y el desarrollo de las gónadas (órganos sexuales de los peces) para entender su biología y dinámica poblacional.

Con todo este conocimiento, Víctor se internaba en las profundidades del océano. “Hay distintas maneras de medir a los caracoles: por su talla, grosor o tamaño de la concha. La langosta se mide por el ancho de la cabeza y el peso de la cola. Para el pasto marino, se monitorea la densidad de sus hojas. Del agua, se analiza su salinidad, la temperatura y la visibilidad. Las muestras son llevadas al laboratorio para detallar qué clase de microorganismos existen”, cuenta emocionado, como si al decirlo estuviera en el fondo del mar midiendo peces y analizando parámetros químicos.

LA VOZ DEL MAR

Víctor conocía el mar, pero, cuando se volvió becario del programa Investigadores Comunitarios, su visión del océano cambió de modo radical. “La experiencia de internarme al mar la tenía, pero la diferencia primordial fue que ya no iba a pescar comercialmente, sino a recabar información. Eso fue un cambio drástico”.

Víctor rompió con su pasado. “Yo ya no fui la misma persona desde ese momento. Yo crecí sacando cosas del mar y ahora estaba dando mi tiempo, mi amor, mi paciencia para entenderlo y traer ese conocimiento a la tierra. Fue el cambio más grande: aprender a ser un buzo científico y no un buzo comercial”.



Antonio Pastrana

El joven que porta barba cerrada y mira con inteligencia y sensatez indica que la transformación no sólo fue para él, sino para su familia. “Le costó mucho a mi familia entender mi trabajo. Pensaban que quería prohibir la pesca. Después comprendieron que buscaba proteger los bienes comunes. Fue tanto mi convencimiento y amor al mar que mi papá dejó de pescar. Mis tíos continúan pescando, pero ahora combinan la pesca con otros oficios para mantener a su familia. Ellos entendieron que era necesario ser responsables con el océano porque los peces están disminuyendo de tamaño y de cantidad”.

Víctor recuerda que los becarios del TIDE formaron un grupo que seguía protocolos y salidas al mar a lo largo del año. “Por ejemplo, si estaba planeado que fuéramos el mes de enero a monitorear pepinos de mar, llegábamos temprano al TIDE, alistábamos los botes, el equipo de buceo y el equipo científico. Conseguíamos nuestra comida para las varias semanas que estaríamos trabajando y durmiendo en las islas cercanas o sobre las lanchas”.

“Los monitoreos de agua los hacíamos cada mes. Los del caracol y la langosta, dos veces al año. El del pasto marino, cada seis meses. Contábamos los nacimientos de las tortugas, protegíamos los huevos, los movíamos de posición para que estuvieran seguros ante el fuerte oleaje y así evitar que la corriente se los llevara lejos. Hacíamos estudios de mangles blancos, negros y rojos”, dice con su amable voz.

A veces duraban tres semanas trabajando en alta mar, narra el joven buzo. “Es muy cansado estar navegando por varias semanas. Hay que tener cierta personalidad, mentalidad y predisposición. El mar no es para todos. Hay personas que no les gusta. Otras se asustan con el océano. Además, en ocasiones el buceo con tanque puede resultar peligroso y hasta mortal si no sigues las reglas”.

También afectaba el buen ánimo de Víctor ser portador de malas noticias. Le entristecía mucho ver la contaminación en la superficie y en las profundidades. Por la posición geográfica de Belice, la Reserva Marina de Puerto Honduras recibe mucha basura arrastrada por las corrientes, desechos que se acumulan con los que genera la comunidad de Punta

Gorda. Asimismo, el cambio climático aumenta la temperatura del agua, lo cual blanquea los corales; y la sobrepesca estresa a las poblaciones de peces, moluscos y crustáceos, fenómeno que afecta los ecosistemas.

“Los corales se mueren, pierden su color por el aumento en la temperatura del agua. Hay zonas de arrecife que están completamente desoladas; parecen catacumbas, sólo se ven piedras”, dice Víctor, que cumple años el 2 de octubre. “El coral es una especie demasiado frágil. El contacto directo de una persona con el arrecife lo daña. Cada vez que hacemos contacto con él, removemos su material protector, y con el tiempo, la sal y el calor del agua, se van acabando”.



Lorenzo J. de Rosenzweig

Víctor, que se asemeja a un cronista del mar, un reportero que le da voz al océano, narra que la información que trae a tierra ha servido para que el TIDE consiga recursos financieros y restauren ciertas áreas. “Unos espacios se han rejuvenecido y recuperado. Pero otras zonas siguen afectadas; por ejemplo, los pastos marinos se ven dispersos y sus hojas crecen muy poco”. Las contingencias climáticas han sido devastadoras para la región, pues, en menos de seis años, Belice ha sufrido cuatro huracanes que han debilitado el arrecife.

Tanto las malas como las buenas noticias, Víctor las socializaba con su comunidad. Les explicaba que, si ellos dañan el mar y las especies, inevitablemente ese daño se refleja en ellos, en la economía y en el bienestar de la comunidad entera. “Los que estamos aquí afuera, en la tierra, dependemos del mar en todas las formas, no sólo por comida. Este pueblo se mueve por el turismo y por la pesca comercial. Entonces, si no lo cuidamos, nos quedaremos sin empleo, sin comida y sin arrecife”.

Para Víctor, trabajar con el grupo de investigadores comunitarios fue un factor de crecimiento personal porque se relacionó con personas comprometidas con el medio ambiente. “Conocí personas con mucho ánimo. Personas que crecieron en este pueblo y que aman a su comunidad. Personas que tienen un gran apego a este pedacito de agua que es de nosotros, este mar que nos identifica como beliceños”.

La sabiduría es una bien invaluable, dice. “Nunca podré compensarle a la gente del TIDE todo el conocimiento que me dio y al mar lo que me enseñó. Uno aprende a sobrevivir cuando está solo en el océano, a ser independiente, a cocinar, a manejar su vida estando aislado, a compartir su tiempo con otras personas, y todo eso es aprendizaje y ganancia”.

Detalla que la forma de verse a sí mismo y de ver el mar y el desarrollo de su pueblo ha cambiado radicalmente desde que se convirtió en investigador comunitario. Su misión es que la gente sepa vivir del mar sin perjudicarlo, y para eso instruye a las personas a que se enamoren del mar, tal como él lo hizo.

“Dejé el TIDE hace unos meses para estudiar biología marina porque yo quiero darle al océano todo mi conocimiento, ser su voz y ofrecerle mis manos para protegerlo”.

EL BESO DE LAS RAYAS

Víctor, quien sonríe con facilidad costeña, considera que su trabajo de investigador marino es el más atractivo y divertido de los oficios. Como ejemplo, narra las competencias que realizaba con sus compañeros por la pesca del pez león y las veladas conversando sobre la fauna avistada en sus incursiones.

“Cuando el pez león invadió el ecosistema coralino, el Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés) arrancó un programa para su control. El pez león, una especie invasora, no tiene enemigos naturales. Afecta el ecosistema al alimentarse de los juveniles de los peces nativos, lo que reduce significativamente el reclutamiento de poblaciones de valor comercial. Nosotros hacíamos nuestra investigación y el día que nos quedaba libre salíamos al arrecife a capturarlos. Hacíamos competencias para ver quién juntaba más peces león. Salíamos del mar con muchos de ellos y eso era superdivertido y, además, bueno para la salud del arrecife”.

Todos los días en el fondo del mar son una experiencia magnífica y singular, dice. “Luego de estar semanas en el mar, llegábamos a tierra y nos tomábamos unas cervezas. Hablábamos de las bestias marinas que veíamos: mantas, tiburones, manatíes y delfines. La experiencia es única. Hay quienes pagan por verlos”.

“Lo que nunca olvidaré fue cuando observé a dos mantarrayas muy grandes que se besaron. Se juntaron las dos, así”, describe mientras abre mucho los ojos y coloca una de sus manos frente a la otra. “Yo me quedé pasmado porque nunca había visto nada igual. Sentí como si hubiera sido testigo de algo místico e íntimo. Sentí la vida bajo el océano”.

Explica que los sonidos bajo el mar son relajantes y le permiten entenderse dentro del universo. “A mí me ayuda a recordarme quién soy yo. Soy nada más una especie más, una parte mínima del cosmos. Allá abajo no soy nada. Todas mis fuerzas y mi valor de hombre, mi mentalidad de hombre no valen nada. Allá abajo soy un visitante y nada más”.

La idea de sumergirse en el mar hace olvidar a Víctor cualquier dificultad, tristeza o miedo porque dice que el océano es más grande que cualquier problema humano.

36

EN EL CEREBRO DE LA CONSERVACIÓN

En las calles de Punta Gorda, sobre la carretera a San Antonio, frente al mar, están las oficinas del Instituto Toledo para el Desarrollo y el Medio Ambiente (TIDE, por sus siglas en inglés), donde Celia Mahung es la directora ejecutiva.

El TIDE es una institución que busca reducir el impacto ambiental negativo de las actividades de explotación no sustentable de los recursos naturales en Belice, tales como la pesca, la caza o la tala indiscriminada de los modelos de agricultura intensiva.

Celia, quien tiene muchos años de experiencia en el tema de la conservación, es una de las personas más reconocidas por su comunidad debido a su interés en la enseñanza y su labor constante a favor del medio ambiente.

“Fui maestra por muchos años en todos los niveles educativos, desde primaria hasta universidad. Me interesó mucho la conservación cuando me di cuenta de que teníamos muchos recursos naturales que se estaban acabando rápidamente. Me pareció urgente crear conciencia sobre el manejo y el aprovechamiento del ecosistema para obtener beneficios a largo plazo.”, narra desde su luminosa oficina en el TIDE. “Como educadora, sabía de mi influencia en la población. Tengo las habilidades de escuchar y de convencer a padres, niños, adolescentes y familias completas para trabajar por el bien común. Supe que podía transformar mis

habilidades para conservar los recursos de Belice”.

Desde los inicios del TIDE, en 1997, Celia, como fundadora, se encargaba del área de educación. “Tenía buen conocimiento de las organizaciones. Cuando se constituyó el TIDE, yo puse mi granito de arena para que siguiera creciendo en beneficio de los locales y de las áreas protegidas”.

Celia recuerda que, antes de que se protegiera la zona de reserva marina, las personas pescaban ilegalmente sin respetar las vedas. “Muchos de los locales practicaban la pesca para su subsistencia, pero estaban mermando las especies. Además, cazaban manatíes y usaban redes agalleras de monofilamento para aumentar sus capturas de peces”.

Joe Villafranco, biólogo marino y director de desarrollo del TIDE, cuya oficina se encuentra contigua a la de Celia, aporta al tema. “La gente de Honduras, Guatemala y Belice usaba redes y se llevaba todo lo que podía del Golfo de Honduras, hasta las especies en peligro de extinción. Se llevaba la carne de los manatíes y dejaba sólo los huesos. Desaparecieron los delfines. La comunidad empezó a darse cuenta de que si no se hacía algo respecto a los recursos, se iban a acabar”, reflexiona Joe sobre el pasado.

Entonces, el TIDE impulsó los decretos de tres áreas naturales protegidas ubicadas en Punta Gorda, en el distrito de Toledo: la Reserva Marina de Puerto Honduras, el Parque Nacional de Payne’s Creek y las Tierras Privadas Protegidas. Cuando se aprobó legalmente proteger estas zonas, las regulaciones fueron más estrictas: se combatió la pesca furtiva, se proporcionó mayor cuidado a los manglares y se promovieron programas para aumentar la resiliencia de los ecosistemas ante los efectos del cambio climático.

El patrullaje y la vigilancia en alta mar fueron constantes por parte del TIDE, y los resultados fueron asombrosos, pues el mar se pobló de delfines y otras especies mayores que ahora se ven nadar en el Golfo de Honduras buena parte del año. “También se ven muchos manatíes y tortugas marinas. Hemos podido ver el impacto positivo que ha tenido el TIDE en el

manejo de la reserva porque hacemos patrullaje día y noche”, indica Joe, nacido hace 40 años en el distrito de Toledo.

Otro de los grandes logros del TIDE, con el apoyo de las comunidades que están dentro de la Reserva Marina de Puerto Honduras (Barranco, Punta Gorda, Monkey River, Punta Negra y Placencia, entre otras), fue conseguir que el área fuera declarada libre de explotación petrolera. A principios de 2015, el gobierno de Belice tenía planes de abrir áreas protegidas marinas a la perforación petrolera en mar abierto. Afortunadamente, se encontró con una oposición generalizada. Fue en diciembre de 2015 cuando se declaró una moratoria a la exploración y la explotación petrolera a lo largo del sistema arrecifal de Belice.

La Reserva Marina de Puerto Honduras actualmente abarca tres zonas: una zona de uso general, que

permite visitas pesqueras y turísticas regulares; una zona de preservación, donde las poblaciones se reponen; y una zona de conservación, donde no se permite ninguna actividad más allá de la investigación.

Tanto Celia como Joe saben que el mar sostiene la economía de los pueblos de Belice, y sobreexplotarlo sería dinamitar el sustento de cientos de familias. Por ello, el TIDE hace todo por cuidar el océano. Han logrado que la comunidad se interese por la conservación y comprenda que el TIDE está para ayudar a aprovechar sosteniblemente los recursos y no para prohibir su extracción.

Una de las ventajas de Belice que lo hace muy competitivo en materia de turismo es su diversidad biológica, dice Celia. Es parte de la segunda barrera de arrecifes más larga del mundo. La Reserva Marina de Puerto Honduras tiene 138 islas cubiertas de mangle en excelentes condiciones. Cuenta con pastos marinos saludables y especies comerciales, peces, langostas y el caracol rosado, que son considerados como productos del mar con alto valor comercial.

La pesca deportiva, modalidad “captura y liberación” (que consiste en pescar y liberar a las especies), es uno de los mayores atractivos turísticos en Punta Gorda. Además, los visitantes tienen el mar y hermosas áreas para bucear y practicar esnórquel. Joe dice que la pesca deportiva deja mucho dinero. Por un viaje de varios días, una persona gasta hasta mil dólares, recursos que son soporte para la manutención de comunidades como Monkey River y Punta Gorda.

“En Punta Gorda hay al menos cien pescadores que practican la pesca comercial y otros cien que hacen pesca de subsistencia. Son más de doscientas personas y sus familias que se benefician económicamente de la pesca en esta área”, calcula Joe.

Las acciones positivas que ha tenido el TIDE en la reserva y en la comunidad no habrían sido posibles sin el apoyo de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), dice, agradecida, Celia. “Fondo SAM fue el gran compañero de inversión porque destinó recursos para crear



Adriana Navarro



la infraestructura del TIDE, que le permitió a la institución crecer ordenada y rápidamente”.

“Por las herramientas necesarias que aportó Fondo SAM fue posible trabajar de forma más fácil en la conservación, y resultó más viable hacer el manejo y la protección de los recursos terrestres y marinos. Además, nos ayudaron a mejorar nuestra capacidad en el desarrollo de programas sociales y nos auxiliaron en los temas de investigación”, añade la experta en enseñanza.

Los programas ideados por la misma comunidad fueron apoyados económicamente por Fondo SAM. Eso ayudó de manera considerable a la economía familiar. Joe Villafranco, que labora en el TIDE desde 2003, explica que gracias a Fondo SAM fueron capaces de invertir en negocios pequeños en las comunidades. “Por ejemplo, en Punta Negra, se construyó un restaurante que genera empleos. También se impulsó una compañía de tours que lleva a los turistas a comer al restaurante de Punta Negra. La comunidad es pequeña; se puede decir que se benefició el 100% de la gente”.

También se edificó un puente en Monkey River para que las personas no caminaran más sobre el agua y atrajo a más turistas; se colocaron casitas cubanas (refugios artificiales) a ocho pies de profundidad en el mar, donde habitan las langostas; se repartieron 300 licencias para la pesca comercial, y los marinos deben reportar sus capturas a detalle, el equipo de pesca que usan y sus ganancias, práctica que genera estadísticas valiosas que permiten mejorar el manejo de las pesquerías.

Por otra parte, los integrantes del TIDE van a las escuelas para enseñar a los niños sobre la importancia de la pesca responsable y del medio ambiente; y la organización tiene un programa de becas que cubre la colegiatura y los libros de los hijos de los pescadores. “Estos niños, en el campamento de verano, ayudan a limpiar y comparten la información con sus amigos”, dice Joe, quien también fue responsable del diseño del programa terrestre del TIDE.

“En lo personal, me ha gustado mucho que hemos podido unir a las personas para luchar por la conservación y que tengamos la enorme oportunidad de disfrutar un ecosistema sano por el enfoque integral con el que hemos manejado la reserva”.

Celia dice que la mejor parte fue trabajar con los jóvenes investigadores comunitarios, como Víctor. “La experiencia con ellos fue grandiosa, pues conocieron la importancia de la conservación y finalmente comprendieron por qué el TIDE pone tanto empeño en cuidar el ecosistema”.

Al ver y escuchar a Celia, Víctor y Joe, pienso en un fragmento del poema Belice, de Eric Lenin Camejo Ocaña:

*Influencia inglesa en el Caribe americano.
Día tras día superando desafíos,
la lucha diaria es real y no es en vano.
Con brazos férreos se guía a ese navío,
que cruza, de incertidumbre, un gran océano
y encontrará, sin duda, puerto y abrigo,
premiando, así, su esfuerzo sobrehumano.*

GUATEMALA



LOS HÉROES DESCALZOS DE MANABIQUE

Sus vocales poderosas se funden con la soledad del mar [...]

Luis Cardoza y Aragón

Para llegar desde la capital de Guatemala al Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM) hay que subirse a un pequeño avión, volar por una hora con rumbo noroeste y apreciar desde el cielo — donde se respiran las nubes— el magnífico mar y el verde esmeralda del territorio selvático de la zona.

Punta de Manabique es una península que separa la Bahía de Amatique del Golfo de Honduras y forma un importante humedal marino-costero, ubicado en el departamento de Izabal, en el municipio de Puerto Barrios, en Guatemala. Es una puerta al paraíso natural porque sus paisajes abarcan bosques inundables, bahías, pantanos, playas, manglares y lagunas. Se trata de una de las geografías más bellas de Guatemala y hospeda el RVSPM, la única área protegida marino-costera del país.

La diversidad de ecosistemas del entorno contribuye a que exista una alta pluralidad de vida silvestre. Además, es refugio para aves y varios mamíferos amenazados, como el manatí, el tapir y el jaguar. También cuenta con arrecifes coralinos que albergan una vasta diversidad de vertebrados e invertebrados marinos.

La pista de aterrizaje de Puerto Barrios, un lugar donde la vegetación abraza los hogares y cubre las calles de verde, está dentro de la base militar.

Las acciones de conservación ambiental en este bello territorio iniciaron en 1989, pero fue hasta 2005 cuando se declaró como RVSPM, al considerarse un humedal de importancia mundial y uno de los sitios para la alimentación de tortugas marinas

más importantes de Centroamérica. La zona de conservación incluye 153,000 hectáreas, de las cuales 49,289 son de superficie terrestre y 102, 589 se componen de humedales y ecosistemas marinos.

Al anochecer, en esa región de Guatemala, el cielo se tiñe de naranja y se escucha el croar de las ranas alojadas en la vegetación de las calles, mientras la gente se da las buenas noches y pasea bajo las estrellas.

Si uno anda por esos caminos, después de un par de conversaciones, se percatará de que en Puerto Barrios habitan unos héroes que dedican su vida, de forma genuina y audaz, a resguardar los recursos naturales, pese a los peligros constantes que implica. Unos héroes que, con pocos recursos, defienden a toda costa la reserva natural, que se encuentra fuertemente amenazada por el narcotráfico, la deforestación, la caza ilegal, el cambio de uso de suelo, la contaminación de los ríos y los mares y la debilidad del Estado de derecho, un mal que penosamente enferma a la mayor parte de América Latina.

LOS DEFENSORES DEL PARAÍSO

En una de las calles de Puerto Barrios, se encuentra la oficina de la Unidad Técnica del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM), donde Hendryc Obed Acevedo, un joven de 26 años, dirige las acciones de conservación con apoyo de 12 guardarrecurso y seis personas del área técnica.

Esas 19 personas, que pertenecen al Consejo Nacional de Áreas Protegidas (Conap), se encargan de controlar, vigilar y recuperar la gobernabilidad ambiental del RVSPM, a fin de proteger la integridad de este valioso espacio natural.

Sentados en una mesa rectangular, los expertos explican que una de las principales amenazas para el RVSPM es la tala ilegal del bosque, pues algunas personas pretenden cambiar esos terrenos arbolados por espacios para la crianza de ganado, lo que en términos técnicos se conoce como “cambio de uso del suelo”.

42

“Desde la declaratoria de 2005 a la fecha, hemos perdido 30% del bosque ubicado en la zona núcleo del área protegida, por el avance de la ganadería. El área terrestre del RVSPM abarca 49,000 hectáreas, y de ese total, 15,000 son de bosque, de las cuales 30% se han talado”, explica Hendryc Obed Acevedo.

El RVSPM es la segunda área protegida con mayor índice de deforestación en Guatemala. Según datos del Conap, las prácticas ganaderas conllevan la remoción del bosque, la apertura de diques y quineles para desagüe, el drenaje de pantanos y otros humedales, la extracción de madera, la introducción de especies forestales no nativas, la compactación del suelo, el uso de agroquímicos para el tratamiento de cultivos y la fumigación de malezas, prácticas que afectan directamente la biodiversidad del bosque.

Además, la deforestación deteriora los hábitats naturales, primordiales para especies terrestres como el jaguar, el tapir, las aves y en particular los anfibios, pequeños indicadores de las primeras alteraciones del ambiente.

El problema se agudiza en el RVSPM, ya que como área protegida es un territorio aislado que facilita la proliferación del narcotráfico. De acuerdo con los estudios de la Universidad de San Carlos de Guatemala, la limitada presencia de las autoridades y la nula certeza jurídica son claves para que grupos delincuenciales se apropien de las tierras en reservas naturales e introduzcan ganado, que les sirve de fachada para el lavado de dinero que encubre sus negocios ilícitos.

El estudio *Áreas protegidas, entre invasiones e ingobernabilidad*, de dicha universidad, detalla: “En la zona hay permisividad, hay abandono. Un paraíso de ilegalidad que permite el afianzamiento de grandes poderes económicos, legales o ilegales. Hay impunidad para los poderosos, a quienes se les protege y no se les persigue”.

Cuando se enteran de la tala del bosque o del drenado y secado de los humedales, los defensores del área protegida reciben estas malas noticias como golpes brutales a la reserva, ya que la degradación del suelo y la modificación de cauces y canales provocan que los sedimentos de la tierra se trasladen a los cuerpos de agua, lo cual afecta su profundidad, su caudal y su volumen, y vuelven innavegables sus aguas. La presencia de sedimentos reduce la cantidad de luz que le llega a los corales y a sus algas simbióticas. “La pérdida de estos importantes procesos ecológicos eventualmente conduce a desastres, incluyendo colapso de pesquerías, degradación de la calidad del agua y la desaparición de otros recursos vivos”, indica un documento del Conap.

“Nosotros hemos avanzado en la recolección de datos por todas las denuncias que hemos interpuesto. Lamentablemente hasta ahí llegamos como Conap. Es frustrante cómo la gente que tiene la facultad y la decisión de castigar no hace su parte. Vemos que hay gente que destruye una considerable extensión de terreno y sale por una fianza mínima. Es ilógico”, explica uno de los vigilantes.

Un joven con la ilusión de salvar la reserva detalla: “Nosotros identificamos un ilícito y nos coordinamos con las fuerzas de seguridad. El Ministerio Público levanta la información y para ampliar su criterio solicita de nuevo nuestro reporte. Luego, vemos que ponen multas ridículas por 50 hectáreas de bosque talado, cuando es evidente que el daño ecológico es mayor e irreversible en el corto plazo”.

Con brazos cruzados y quemados por el bravo sol, un delgado hombre, habitante de una de las comunidades de la zona protegida y que ejerce el oficio de guardarrecursos, narra lo que sucede adentro del bosque: “Uno no puede discutir con los taladores porque siempre quieren acallarnos. Andan



con sus armas y sienten poder. Pretenden destruir todo, sin que uno les diga nada. Nos tiran amenazas. Nos dicen que los dejemos trabajar; y si no, nos esperan en el camino para hacernos daño. Vienen con sus cargas y uno sólo mira. Yo recuerdo lo que me decían mis padres de niño: ‘mirar y callar para tener larga vida’”.

Aunque los guardianes de Manabique recorren terrenos hostiles, llevan el mandato de cuidar su geografía, cambiar su realidad, escuchar su pasado e imaginar un mejor futuro para su tierra.

LA PASIÓN DE LOS VALIENTES

43

Antes de 2012, el Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM) era administrado por una organización civil. A partir de ese año, el Consejo Nacional de Áreas Protegidas (Conap) se hizo cargo de la zona para recuperar la gobernabilidad ambiental.

El Conap, al adquirir el compromiso de cuidar el refugio mediante el combate a la tala y la pesca ilícita y la disminución de la contaminación, obtuvo apoyo de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), a través del proyecto Conservación de Recursos Marinos en Centroamérica, explica el director del RVSPM, Hendryc Obed Acevedo.

La misión de Fondo SAM es inspirar soluciones regionales e innovadoras a temas críticos del Arrecife Mesoamericano por medio de apoyo financiero significativo y a largo plazo, a fin de que las futuras generaciones puedan gozar y beneficiarse de un sistema arrecifal en buen estado.

Fondo SAM donó las instalaciones de la Unidad Técnica del RVSPM. “Todo lo que miras aquí, ellos los financiaron: computadoras, escritorios, vehículos y lanchas. Además, edificaron el Centro de Operaciones Institucionales (COI) dentro del área protegida de la comunidad de El Quetzalito para cuidar directamente la zona”, indica Hendryc Obed Acevedo.

Juan Carlos Hernández, del área de control, comenta: “Para mí, el gran éxito fue la construcción del COI para que desde adentro pudiéramos regular y vigilar el área. Y con el equipo de cómputo podemos procesar información geográfica y tener una mejor comunicación para ordenar nuestro conocimiento”.

Marisol Rodríguez, una joven encargada de los asuntos legales del RVSPM, afirma que gracias a los apoyos de Fondo SAM tuvieron más presencia en el área y la población conoció los trabajos del Conap. “La población y el Conap nos juntamos para hacer más denuncias e inhibir los ilícitos”.

44

Su compañero Julián Serrano, guardarrecursos, explica: “El proyecto SAM nos dio equipo y capacidades para beneficiar a las personas que viven en la zona, ya que les ofrecemos charlas de educación ambiental que las invitan a cuidar su medio ambiente”.

“Yo agradezco a los donantes que nos fortalecieron, aunque me gustaría que hubiera más puestos de control permanentes dentro del área para que los taladores vean que nuestra vigilancia es constante”, dice, por su parte, Jorge Cruz, también guardarrecursos.

Hendryc Obed Acevedo, a modo de resumen, indica que por la infraestructura y la capacitación que ofreció Fondo SAM concibieron una visión y planes sostenibles de largo plazo para conservar, proteger los ecosistemas y mejorar las prácticas marino-costeras.

“Nos enseñaron a usar los GPS, nos compraron vehículos, equipos para bucear, lanchas, y nos capacitaron. El problema actual es que no hay suficiente combustible para usar los vehículos y las lanchas”.

Los defensores del RVSPM coinciden en que el problema principal es que gran parte de las ocho mil personas que habitan en las 22 comunidades del área no cuentan con suficientes ingresos ni con servicios básicos como educación, agua potable, seguridad social, salud y transporte, situación que los lleva a recurrir a actividades ilícitas para asegurar su subsistencia.

“Vemos que los centros de salud están abandonados, algunas escuelas no tienen maestros y hay comunidades que no tienen ni agua potable y sólo usan el agua de lluvia”, refiere Obed Acevedo.

La suerte para el RVSPM es que los vigilantes no se rinden, a pesar de las adversidades. “Sabemos que el Conap no puede solo; entonces, aprovechamos que Fondo SAM nos dejó la Unidad Técnica consolidada para crear una mesa de socios y una red de colaboración mediante la cual están dispuestos a trabajar con nosotros. Algunos de los socios son los siguientes: el Ministerio de Ambiente, la Defensa Nacional, la Marina y la División de Protección a la Naturaleza (Diprona), que salen a patrullar con nosotros en la lancha y la motocicleta que nos dejó Fondo SAM”, indica Hendryc, uno de los hombres más comprometidos con la reserva, mientras el horizonte, despeinado por las palmeras que anidan la brisa marina, despiden al sol.

LOS ALIADOS DE LA CONSERVACIÓN

A unos kilómetros de la Unidad Técnica del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM) se encuentra el cuartel de la División de Protección a la Naturaleza (Diprona), donde se resguarda un grupo de jóvenes que portan con orgullo uniformes color arena deslavados por las lluvias, el sudor, el sol y el paso del tiempo. Aunque en el pecho de esos hombres no brillan luminosas medallas, llevan adentro lo más valioso que pueden poseer: la pasión por hacer de la mejor manera su trabajo y defender la naturaleza que los rodea, su casa y sustento.

El pequeño espacio donde habitan es sumamente caluroso. En ese cuartel duermen, comen, descansan y esperan los llamados para hacer los recorridos de vigilancia de las 153,000 hectáreas que abarca la reserva natural. Esos héroes anónimos de Punta de Manabique: Roderico Antonio Ríos, José Manuel Moscoso, José Ordóñez y Nelson Díaz, oficiales de la Diprona, narran que para defender los paisajes han tenido que lidiar no sólo con ofensas verbales, sino con la amenaza de personas que llevan machetes y les impiden el paso.

Los agentes de la Diprona cuentan con un solo vehículo, de más una década de uso, el cual deben reparar constantemente. Además, es poco útil, pues no tienen el combustible suficiente para moverlo. Tampoco tienen pangas, ni embarcaciones para hacer patrullajes marinos, ni cuatrimotos para entrar a las brechas. Ellos se coordinan con el Consejo Nacional de Áreas Protegidas (Conap) para hacer los recorridos de vigilancia en los vehículos que donó Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM).

“Hacer una inspección cuesta mucho, pues tenemos que caminar kilómetros para llegar a las áreas. El problema es que cuando ponemos la denuncia por sorprender a las personas en actividades ilícitas, ya sea cazando iguanas o talando el bosque, la denuncia sólo queda en papel porque el Ministerio Público no tiene el valor de ingresar a los lugares de la reserva”, dicen.

Detallan que quienes viven en el área protegida son personas de escasos recursos que principalmente se dedican a la producción de carbón o la pesca y que son contratadas por grupos delincuenciales para extraer madera. “Muchos de ellos no saben que están cometiendo un delito. Las personas son utilizadas por otras de mayor poder económico, que lamentablemente nunca pisan la cárcel, a pesar del daño ecológico que hacen al refugio”.

Recuerdan que en una ocasión detuvieron a tres personas que estaban deforestando. “Luego de la detención, salieron cincuenta comunitarios con machetes a defenderlos, por lo que tuvimos que dejarlos libres”.

“Los jueces no saben nada de las leyes que protegen el medio ambiente o no quieren conocerlas, cuando debería ser el tema más importante para el país. Pero para el medio ambiente sólo se destina el uno por ciento del presupuesto nacional. Nuestra propuesta es que el dinero que se obtiene de las multas ambientales se destine a gasolina para los vehículos y así nosotros podamos hacer más recorridos”, demandan los héroes anónimos.

Los jóvenes policías no se doblegan ante los machetes, ni por el bajo sueldo, ni por las amenazas. Ellos deberían ser ovacionados para celebrar su talento, dedicación y valentía.

VIVIR DENTRO DEL REFUGIO DE VIDA SILVESTRE PUNTA DE MANABIQUE

Noé Ortega Pérez, de 42 años, habitante de la aldea El Quetzalito, una de las comunidades dentro del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique

45



Ahmed Sobah

(RVSPM), que se ubica a una hora de Puerto Barrios, explica que el lugar lleva ese nombre por la imaginación de algunos hondureños.

“Los hondureños garífunas (grupo étnico zambo descendiente de africanos y aborígenes caribes) que jugaban pelota con los oriundos de aquí le pusieron a la gente los quetzalitos, por la moneda que nosotros usamos. De esta manera, cuando la región tuvo que registrarse, la llamaron El Quetzalito”.

Noé, un delgado pescador que se dedica a velar por las especies, es uno de los trescientos habitantes de El Quetzalito, comunidad cercana a Honduras que colinda con el Río Motagua y el Mar Caribe. El asentamiento está adornado por los verdes paisajes que ofrecen los monocultivos de palma africana y banano.

En esa localidad, ocho de cada 10 personas se dedican a la pesca de langosta, tiburón, sábalo y robalo, mientras los demás habitantes trabajan en el cultivo de maíz, frijol, chile y plátano, gracias a la disponibilidad de terrenos planos y fértiles por la cercanía con las aguas del Motagua.

Lamentablemente, el problema de El Quetzalito es que se ubica en la última parte de la cuenca del

Motagua y su cauce va saturado de basura: plásticos, latas, bolsas, calzado de hule y hasta desechos hospitalarios, que desemboca en el mar.

“Nosotros tenemos la fortuna y la desgracia de vivir cerca del Río Motagua, que es una fuente de vida, pero también ha contaminado la costa. Hay basura hasta para adornarse. Es necesario que todo el pueblo guatemalteco se sensibilice y no tire la basura al cauce del río”, dice Noé, quien es guardarrecursos desde hace más de una década.

El Río Motagua inicia su recorrido en el departamento de El Quiché, al norte de Guatemala, atraviesa 14 departamentos y 95 municipios. Su caudal alcanza 6,500 millones de metros cúbicos por año y arrastra toneladas de basura. En época de lluvias, se incrementa la contaminación por arrastre de pesticidas y fertilizantes.

Los residuos no sólo afectan a la gente, sino que también a la anidación y el nacimiento de tortugas, peces y aves marinas, especies que quedan atrapadas en desechos flotantes. En el caso de los arrecifes de coral, la contaminación produce efectos indirectos que limitan la reproducción, el crecimiento, el reclutamiento y el desarrollo de los corales.



Lorenzo J. de Rosenzweig

“El río impacta seriamente a las tortugas marinas, porque ellas, en vez de cazar y comer medusas, ingieren bolsas de polietileno y se enmallan con desechos de nylon, monofilamento de pesca y redes. Invariablemente, mueren. El agua dulce y la acumulación de basura ya no las dejan venir a la playa. Afortunadamente, si uno va al mar todavía puede ver al manatí y a los delfines”, explica Noé desde el Centro de Operaciones Institucionales (COI), una casa-oficina ubicada frente a la desembocadura del río.

Aunque desde hace un año varias instituciones han hecho esfuerzos extraordinarios para sanear la cuenca, aún no es suficiente. Adolfo Estrada Barrera, ingeniero industrial y representante del Ministerio de Ambiente y Recursos Naturales, explica: “Colocamos cuatro biobardas (fabricadas con mallas y envases de plástico) para captar la basura. Contratamos a 15 personas de El Quetzalito para que trabajen directamente en la limpieza de la desembocadura del río, donde recogen aproximadamente una tonelada diaria. Nuestros planes son hacer una bodega para apilar los desechos y una presa para capturar los residuos”.

El impacto negativo de la contaminación proveniente del Río Motagua afecta de manera sustantiva las demás regiones del Sistema Arrecifal Mesoamericano, pues las costas caribeñas de México, Guatemala, Belice y Honduras están conectadas a través del arrecife. Por ello, es importante diversificar y coordinar los esfuerzos de conservación entre países, con una visión regional, para tener un efectivo intercambio de conocimiento y soluciones prácticas para la conservación de este ecosistema compartido por las cuatro naciones.

Noé, que trabaja dentro de la comunidad como guardarrecursos del RVSPM, sabe que los hondureños viven enojados por la contaminación del agua, pues su territorio está a ocho kilómetros de distancia de Guatemala. Sabe también que muchos de esos hondureños agraviados —aunque se han quejado de la basura que arrastra el río—, afectan también la reserva natural, pues pasan a territorio guatemalteco a cazar iguanas o a pescar de forma ilícita. Por desgracia, no sólo ellos lo hacen, sino

también los habitantes de El Quetzalito.

“Nosotros, como guardarrecursos, sabemos quiénes están cazando y pescando de manera ilegal. Lo que hacemos es tratar de crear conciencia en la población para que no lo hagan, pues afectan no sólo el área natural de Guatemala, sino todos los países que comparten el arrecife. Por eso, decomisamos artes de pesca y embarcaciones; liberamos a las especies que están en jaulas, como loros o patos del monte; y desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde hacemos recorridos por la playa para monitorear los arribos de tortugas”, explica, con su rostro impasible, mientras mira los desechos que revuelca el oleaje.

Noé dice que antes de que llegara el apoyo de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) trabajaba junto con sus otros compañeros —22 días, por ocho de descanso— dentro de unos campamentos de lona para hacer labores de vigilancia.

“Estuvimos como dos años bajo unas lonas que se pudrieron por el sol, el agua y el aire. Cuando venía la lluvia, el agua se filtraba y uno tenía que dormir arrinconado para no mojarse mucho. Gracias a Dios, Fondo SAM construyó una casa, el COI, donde ya dormimos cómodos”.

Por su parte, Miguel Ángel Maldonado Gutiérrez, compañero de Noé, quien ha sido guardarrecursos por más de ocho años, narra: “Las instalaciones que construimos con Fondo SAM nos han ayudado mucho, porque ahora tenemos algo de comodidad. En la actualidad, contamos con una embarcación para hacer los recorridos de vigilancia, por lo que llegamos más rápido a los lugares donde hay capturas de iguanas. Antes lo hacíamos a pie”.

Noé Ortega, Miguel Ángel Maldonado y Salvador Troches, guardarrecursos del COI, explican que la donación de la lancha por parte de Fondo SAM les facilitó su trabajo de inspección, pues antes caminaban hasta 24 kilómetros de playa para vigilar la zona. Los tres guardarrecursos coinciden en que su mayor satisfacción ha sido transmitir la importancia de cuidar los recursos naturales del refugio a las comunidades del Suiche III, Media Luna, Las Vegas, El

Quetzalito y Los Quineles.

“Con apoyo de Fondo SAM llegamos a las escuelas para dar charlas a los niños. Los estudiantes ya saben el daño que implica la tala de árboles y la caza de los animales”, dice Miguel Ángel mientras comparte su franca sonrisa costeña.

Noé prosigue: “Lo bonito de trabajar aquí es comprometerse a proteger los recursos. Gracias a Dios, las comunidades han sido bastante conscientes de que estos recursos son limitados: cada vez hay menos, la población sigue creciendo y hay que conservar lo poco que aún tenemos para asegurar nuestro futuro”.

Hendryc Obed Acevedo, Manuel Ochoa, Sebastián Chub, Marlon Vásquez, Mariano Aldana, Noé Ortega, Miguel Maldonado, Jorge Grijalva, Dugglio López, César Hernández, Salvador Troches, César de Paz, Evelio Reyes, Aura Ramírez, Julián Serraro, Juan Hernández, Marisol Rodríguez y Sergio Hernández son vigilantes del RVSPM que cuidan su espacio sin intención de ganar medallas o conquistar territorios, sino para preservar sus tierras, mantener limpias sus aguas y brindar una oportunidad de subsistencia a sus hijos y a sus futuros nietos.

Lorenzo J. de Rosenzweig



GUATEMALA, LAS LÍNEAS DE SU MANO

Guatemala, decía el poeta y ensayista Luis Cardoza y Aragón, es una “tierra que asciende hacia el cielo en el oleaje de la selva grávida de embriones. Una tierra de vocales poderosas que se funden con la soledad del mar. Una tierra donde árboles colosales se tiran de cabeza al cielo”.

Tristemente, su selva, sus ríos (que la recorren como enredaderas), sus cumbres, sus barrancas, sus mares y sus habitantes han detenido su marcha vital principalmente por la contaminación, la tala, la caza y la pesca ilícita. Los problemas socioambientales que vive Guatemala se parecen mucho a las agresiones que sufren otros lugares de Centroamérica, donde el silencio, la represión, el despojo, la pobreza y la injusticia son conceptos que se repiten como macabro y absurdo carrusel.

Para la economía dominante y para la mayoría de los gobiernos, el desarrollo es igual al crecimiento económico, basado en el aumento de la producción y el consumo indiscriminado de los bienes naturales. Sin embargo, este modelo se traduce en una creciente desigualdad económica y social, violaciones de los derechos humanos y destrucción de la naturaleza y la biodiversidad, factores que ponen en entredicho el futuro de la región.

Amartya Kumar Sen, filósofo y economista, premio Nobel de Economía, propone un concepto de desarrollo humano que pudiera replicarse en territorios de Centroamérica y que apuesta por los valores de la dignidad humana y la justicia social, con evidentes beneficios sociales, económicos y políticos para las comunidades. Este modelo, como muchos otros, depende de la integridad del capital natural.

A pesar de la intimidación y la pobreza que padecen los vigilantes del refugio, hay esperanza. El sueño de una vida plena y sostenible para las comunidades de Guatemala se mantiene vivo.

LA TRANSFORMACIÓN DEL OCÉANO GUATEMALTECO

*Grandes estrellas de escarcha
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.*

Federico García Lorca

49

Es una mañana de agosto de 2017. Estoy bajo el cielo de Puerto Barrios, Guatemala, que a esta hora es un muy definido azul caribe. La noche dejó un profundo olor a lluvia. Soñé que del mar brotaban inmensas raíces oscuras, dispuestas a proteger los peces y hundir embarcaciones. Me gusta contar mis sueños en ayunas para que no se hagan realidad, pero hoy no tengo interlocutor para compartir el extraño pasaje onírico. Así que mejor repaso nuestro plan para ese día, el cual consiste en embarcarnos y navegar por media hora rumbo a La Graciosa, una de las tres comunidades que hacen uso del recurso pesquero, un bien renovable.

La idea de ir a La Graciosa, ubicada dentro del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM), es documentar, vía entrevistas, la opinión de los habitantes de la costa que se han propuesto recuperar la vida marina, otrora abundante, bajo la superficie turquesa del Caribe continental.

El diseño parecía sencillo: Sergio Hernández, experto en áreas marinas y custodio de las costas del RVSPM, pasaría por mí al hotel a las ocho de la mañana, compraríamos gasolina para la embarcación y emprenderíamos nuestro viaje; saldríamos de Puerto Barrios con destino a la localidad costera La Graciosa.

En el restaurante del hotel pedí fruta y café mientras veía que la televisión proyectaba las imágenes de arribadas de nubes y lluvia, junto a unos mudos

locutores que gesticulaban al leer la información. Era fácil adivinar el pronóstico de mal tiempo para ese día.

El tiempo transcurría sin que nadie se asomara al vestíbulo. Después de 45 minutos de espera, envié mensajes preguntando sobre el motivo del retraso, pero no recibí respuesta. El cielo comenzó a cambiar de azul caribe a gris tormenta. Al ver las primeras gotas de lluvia, recordé la historia que contaba el filósofo e historiador Mircea Eliade sobre la mitología china, que dice: “Los peces que duermen en los lagos o nadan en los ríos tienen la capacidad de beber aguaceros y prevenir inundaciones”. Pero esa mañana no parecía que hubiera peces adormilados en los esteros de Guatemala.

Un día antes, los vigilantes del RVSPM me compartieron que, como en tantos otros sitios, las poblaciones de peces de mares y ríos habían disminuido paulatinamente por la contaminación, el cambio climático y la despiadada sobrepesca. Ahora, las manjúas, los robalos, los pargos, las langostas y los caracoles son consideradas especies amenazadas en esa zona.

Organizaciones civiles y autoridades gubernamentales han trabajado por más de una década con líderes comunitarios para regresar la vida a estas costas. Fue en 2012 cuando tres aldeas de pescadores: La Graciosa, Santa Isabel y Punta Gruesa, y el Comité de Trasmalleros y Manjueros de Puerto

Barrios establecieron un acuerdo con el Consejo Nacional de Áreas Protegidas (Conap) y firmaron un convenio para declarar en Guatemala las tres primeras zonas de recuperación pesquera del RVSPM.

Mientras yo recordaba la conversación con los vigilantes del RVSPM, apareció Sergio, quien me llevaría a La Graciosa. Sus manos con manchas de aceite revelaban el motivo del retraso. Sergio y el dueño de la embarcación llevaban varias horas tratando de repararla. Habían desmontado el motor y no consiguieron echarla a andar. El nuevo plan para ir a La Graciosa dependía de las habilidades de navegación de César, un guardarrecursos nativo de la aldea, quien pasaría por nosotros al muelle de la oficina del Conap.

Nos dimos prisa. Subimos a la camioneta. Llegamos a una gasolinera para cargar un galón de combustible. En el camino, Sergio me comentó que la principal dificultad para el Conap es que sólo cuenta con una lancha para realizar todas las actividades requeridas, factor que complicó nuestro plan de traslado. Además, los 12 guardarrecursos deben esperar hasta 15 días para hacerse de combustible y monitorear 312 hectáreas de mar.

De pronto, el cielo pasó al siguiente gradiente de oscuridad y dejó caer un aguacero sobre nosotros. Corrimos a la oficina para resguardarnos. Vimos

a César llegar del mar, empapado de lluvia. Todos estilábamos. César nos anunció que se acercaba una tormenta tropical con marea alta y riesgo para la navegación. Decidimos quedarnos en tierra. Con paciencia, veíamos el cayuco de César, que amarrado al muelle ondeaba ocioso al ritmo del oleaje.

EL GUARDIÁN DE LOS PECES

César de Paz, guardián de las costas de Guatemala desde hace 17 años, cuenta sobre sus viajes en cayuco frente a tres bahías dentro del refugio. Recorre la superficie azul cobalto en búsqueda de delfines, manatíes y toninas para anotar en su libreta el punto y la hora donde observó las diferentes especies.

Ese hombre delgado, de estatura baja, tostado por el sol caribeño, es uno de los 12 guardarrecursos que cuidan las costas y las bahías del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM). Cuando hurga en su memoria, César narra que nació hace 47 años en La Graciosa, una comunidad que se conformó en los años setenta por familias provenientes de Puerto Barrios, y que se encuentra a media hora, en barco tiburonero, del muelle de Barrios, en el departamento de Izabal.

La Graciosa es una de las 22 aldeas que están dentro del RVSPM. Por las noches, sus habitantes usan velas y candiles para alumbrar sus casas; y aprovechan el agua de lluvia para cocinar, beber y lavar sus trastos y ropas, pues no cuentan con energía eléctrica ni agua potable. 70% de ellos son mestizos y 30% hablan maya q'eqchi'. El idioma que predomina es el castellano. La Graciosa tiene una escuela donde un solo maestro imparte clases de educación primaria a 22 niños. No cuentan con ningún promotor de salud ni comadrona; y el centro de salud más cercano se encuentra a media hora de navegación, en Puerto Barrios.

El paisaje en La Graciosa es muy bello, pero, en las últimas décadas, la basura plástica que desemboca de los ríos y del área urbana mancha cada rincón natural.



La venta de carbón y la comercialización de pescado son las principales actividades de subsistencia de las familias que habitan La Graciosa y las aldeas Santa Isabel, Estero Lagarto, Machaquitas Chiclero, Creek Negro, Machas del Mar, Cabo Tres Puntas, Punta de Manabique y San Francisco del Mar, todas ellas ubicadas en el RVSPM. “Para producir 40 sacos de carbón se necesitan 20 días de trabajo continuo. Primero, se derriba y corta la madera. Se transporta a la orilla del mar y se embarca para acercarla a las casas. Ya vestida o cubierta de hojas, se le prende fuego y, para que se convierta en carbón, se le va poniendo arena para evitar la combustión completa”, explica César.

Las familias que aprovechan el producto forestal para la obtención de carbón vegetal en un área protegida deben tramitar sus permisos mensuales para comercializar el producto final en Puerto Barrios. En promedio, por 40 sacos de carbón, equivalentes a 20 días de trabajo, obtienen 22 dólares. Los habitantes también se dedican al cuidado de fincas, es decir, son contratados por dueños de chalets para realizar labores de mantenimiento y vigilancia de construcciones a la orilla del mar. Por la pesca, la producción de carbón, el cuidado de fincas y la cosecha de alimentos (para autoconsumo), un habitante de La Graciosa gana, en promedio por mes, aproximadamente 150 dólares.

A pesar de las dificultades económicas, los integrantes de la comunidad se comprometieron a cuidar el mar. Y es que los pescadores artesanales fueron los primeros en apreciar el deterioro de la productividad del ecosistema. La captura de peces había disminuido considerablemente. Por eso, las comunidades de La Graciosa, Punta Gruesa y Santa Isabel y el Comité de Trasmalleros y Manjueros de Puerto Barrios impulsaron la primera iniciativa para establecer zonas de recuperación pesquera.

“Las comunidades prometieron no pescar más dentro del área protegida. Muchos lo vieron con buenos ojos, otros siguen renuentes a aceptarlo. Pero yo hablo con ellos para convencerlos del beneficio que nos trae como comunidad”, dice César. El objetivo de las zonas de recuperación pesquera es que, a largo plazo, las poblaciones de valor comercial, como



Gabriela Ochoa

las manjúas, los pargos, las cuberas, los roncós, las lisetas, las chumbimbas y los robalos, se recuperen, y que el arrecife se fortalezca para que las especies asociadas a estos espacios naturales tengan mayor productividad natural.

“Esta iniciativa me parece magnífica, porque los niños, los chiquitillos tendrán la oportunidad de ver el pescado que alguna vez nosotros vimos”, dice César desde el muelle y mira pasar nubes cargadas de lluvia.

SIN REDES EN EL MAR

¿Y en cuánto tiempo se logró esto? Para diseñar e incorporar zonas de recuperación pesquera en el Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM) tuvieron que transcurrir 11 años de trabajo, recuerda, desde el muelle, Sergio Hernández, analista marino-costero de la Unidad Técnica del refugio. Hernández explica que las mesas de trabajo se realizaron cada tres meses; de 2014 a 2016, fueron financiadas por Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), a través del proyecto Conservación de Recursos Marinos en Centroamérica.

El objetivo de Fondo SAM es financiar la protección y la conservación de los ecosistemas marinos ecológicamente únicos y vulnerables que componen la región, además de promover el valor de conservación de los recursos, así como facilitar la incorporación de la sociedad civil en la toma de decisiones, para garantizar la disponibilidad futura de los recursos bióticos de la región.

“Con el apoyo de Fondo SAM, logramos un proceso participativo; las mesas se realizaron en las distintas aldeas, donde se involucraron 330 personas, entre ellas, líderes comunitarios”.

52

El área de veda permanente, como se conoce oficialmente, abarca, en total, 312 hectáreas de mar. “En el polígono para la bahía La Graciosa son 86 hectáreas; en Punta Gruesa, 104 hectáreas; y en la Laguna de Santa Isabel, 122 hectáreas. Cada una de esas áreas está delimitada por un polígono con boyas que advierten que las artes de pesca están prohibidas”, agrega Sergio Hernández. El objetivo es que, a largo plazo, los peces, los moluscos y los crustáceos, que son sustento y fuente de ingresos para los habitantes del refugio, se recuperen en número y tamaño; y se fortalezca la funcionalidad del ecosistema: arrecifes, pastos marinos y manglares, que además son sitios de anidación, crianza y alimentación de muchas otras especies.

Sergio Hernández, experto pesquero, explica que entre las prioridades está la recuperación del hábitat de la manjúa, un pez de ocho centímetros de longitud, translúcido, que se distingue por tener una línea plateada a lo largo de su cuerpo. La manjúa es importante para las aldeas del RVSPM, pues forma parte de la cultura y las tradiciones de la región. Su carne blanca, aunque con pequeñas espinas, es muy sabrosa y se consume como botana, frita, enharinada o empanizada, en tacos acompañados con limón o en tortitas fritas con caldillo de jitomate. La manjúa, además, es alimento para los delfines nariz de botella (especie amenazada en la zona) y las poblaciones de peces carnívoros. “Las zonas de recuperación protegen la manjúa en su ciclo de vida, por lo que también incluyen el mar abierto. Las zonas cumplen una función ecológica al mantener las poblaciones de esta y otras especies”.

El proyecto y la declaratoria otorgan, asimismo, protección a las cuatro especies de tortuga marina que habitan dentro del RVSPM: la lora, la cabezona, la verde y la de carey, reptiles marinos que se alimentan en los arrecifes y en los pastos marinos, así como a una gran diversidad de organismos, incluyendo el emblemático manatí y las casi sesenta especies de aves cuyo hogar es el refugio.

NAVEGAR MÁS ALLÁ DE LAS DIFICULTADES

Guatemala y otros países en desarrollo de la región del Sistema Arrecifal Mesoamericano enfrentan el ingente reto de la suficiencia y la regularidad en la disponibilidad de recursos económicos.

“A pesar de que el proyecto brinda charlas y educación ambiental a las comunidades, hay resistencia por parte de grupos de pescadores, a los que no les interesa velar por el recurso, por lo que se mantienen al margen de las capacitaciones”.

Aun con estas limitaciones, el proyecto permitió consolidar importantes avances, como la creación de la Unidad Técnica del Refugio de Vida Silvestre Punta de Manabique (RVSPM) y el equipamiento de los técnicos, con la finalidad de ofrecer un mejor manejo, control y gestión de los recursos naturales del refugio.

“El equipamiento, como la embarcación de patrullaje, los equipos de buceo y el compresor para llenado de los tanques de buceo, así como las capacitaciones, fueron de las herramientas más valiosas que nos dejó Fondo SAM (Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano)”.

Sergio explica que uno de los propósitos del Consejo Nacional de Áreas Protegidas (Conap) es brindar alternativas laborales e ingresos dignos, y se logró con el apoyo del proyecto. “Se fortalecieron un par de proyectos para mejorar la calidad de vida de la comunidad, se abrieron tres tiendas comunitarias, se conformó un comité de desarrollo comunitario y se dotó un refrigerador operado con energía solar fotovoltaica”.

Se gestionaron, además, mejores condiciones educativas en las tres comunidades, mediante el remozamiento de escuelas primarias. En específico, se pintaron y renovaron los pisos y se cambiaron los deteriorados pilotes en los que estaban montadas las aulas. También se construyeron una escuela con tabla de yeso revestido, una pequeña biblioteca y una cocina comunitaria.

Mientras esperábamos que la lluvia disminuyera, Sergio y César me comentaron, dentro de las oficinas del Conap, que el establecimiento de las zonas de recuperación pesquera permitirá mejorar la calidad de vida y recuperar la autoestima y los valores de los miembros de las comunidades involucradas.

En ese momento, pienso que es importante reconocer que el verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un discurso social. El ambiente humano y el natural se degradan juntos, y no se pueden afrontar las causas del deterioro natural si no se atiende la raíz del problema social, que en este caso es la falta de servicios básicos y las carencias en alimentación, educación, salud y vestido, que persisten en las aldeas de Punta de Manabique.

Los pescadores de Guatemala y sus familias han hecho su trabajo: desde 2012 establecieron el compromiso de cuidar el mar y sus recursos. Ahora está en manos del Estado proteger sus derechos humanos y brindar los apoyos suficientes para dar continuidad a este primer gran paso.

La misión de Fondo SAM es inspirar soluciones regionales e innovadoras para atender problemas críticos del Arrecife Mesoamericano, a través de apoyo financiero significativo y a largo plazo, a fin de que las futuras generaciones puedan gozar y beneficiarse de un sistema arrecifal en buen estado.

El RVSPM ilustra la magnitud de la misión y es un modelo de aprendizaje digno de compartir con otras comunidades que también se ilusionan con el maravilloso sueño de un mundo más equitativo y biodiverso que constituya una orgullosa herencia para las siguientes generaciones.



Fundación Albatros

HONDURAS



TODO POR ESTAR BAJO EL MAR

*Él, el hombre de los ojos
atormetados,
que ha mirado mil auroras del mar,
me ha desclavado de las calles grises,
de mis hábitos viles de hombre civilizado
que nada tienen que hacer en mi destino, en mis pies, en mis manos
ni en mis ojos hambrientos
de una proa, de un astro y de una aurora.*

55

Jacobo Fijman

A los 25 años, Guillermo Pastora conoció el paraíso. Ocurrió cuando transcurría el año 1997, fecha en que por primera ocasión visitó la isla de Roatán, en Honduras. “La primera vez que vine a esta isla fue con mis padres y, al verla, todo en ella me fascinó. Conocía las playas de Honduras, pero ninguna con el agua tan cristalina y llena de vida como la que abraza a Roatán”, explica desplegando una magnífica sonrisa.

En ese entonces, Guillermo vivía en Tegucigalpa, capital de Honduras, donde guiaba a los extranjeros por las maravillas de su ciudad. Al llegar a Roatán, presintió que viviría en esa tierra rodeada de mar, selva y corales y abrigada por un carrusel de sol y estrellas. El mapa del destino parecía marcarle que tenía una importante labor que cumplir en esta nueva geografía hondureña. “Empecé a venir a la isla y realicé esnórquel, pero desde luego yo quería bucear. La primera vez que me sumergí en la profundidad del mar fue aquí en la isla”.

Guillermo renunció a ser guía de turistas en Tegucigalpa y se fue a Roatán. En la isla, trabajó en Diamonds International, una empresa que se dedica a la venta de joyería y relojes, y que por medio de voluntariado apoya a organizaciones civiles, entre ellas Parque Marino de Roatán (RMP, por sus siglas

en inglés). Fue así que Guillermo conoció la labor de la organización, una institución altruista que cuida el arrecife y el medio ambiente de la isla.

Luego, la fortuna le hizo conocer a Christi Eches, una joven alta y delgada, experta en buceo, que trabajaba en Parque Marino de Roatán. Ella le explicó que la organización tenía un programa llamado Protect Our Pride (POP), que capacitaba a hondureños en el buceo profesional.

El POP, patrocinado por Fondo SAM y operado por Parque Marino de Roatán, ofrecía clases gratuitas a nativos para que se certificaran como *dive master* (maestro del buceo) y se sumergieran en el conocimiento y el cuidado del arrecife. Cuando escuchó sobre el programa, Guillermo no lo dudó y se enlistó. En ese momento, no imaginaba que su vida daría un giro de 180 grados: que estaría más en la profundidad del mar que al ras de la tierra; que sus compañeros de nado serían las rayas águila, las morenas, los pargos y los caballitos de mar; que sus cartas serían náuticas; y que el cuidado del coral sería su pasión constante.

CUSTODIAR LOS TESOROS DE LA ISLA

Detrás del mostrador de una tienda de buceo en West Bay, la parte turística de Roatán, me encuentro con Christi Eches, una de las mujeres más visionarias de la isla. Me recibe con una sonrisa y me ofrece agua.

Nos sentamos en unos bancos altos que rodean el mostrador del negocio y me cuenta su historia. Nació hace 32 años en la isla. Estudió criminología en Estados Unidos, pero decidió cambiar de profesión al ver las dificultades de aplicar sus conocimientos en su país. Prefirió cuidar el mar. Consiguió trabajar en Parque Marino de Roatán, donde daba clases de educación ambiental a niños y adultos, creó manuales para sumergirse en el mar, fue instructora de buceo y responsable de programas para el desarrollo de comunidades.

Al ver que en Roatán no había suficientes hondureños buceando, Christi ideó el programa Protect Our Pride (POP). “Muchos guías de turistas hondureños —por una propina— corrían tras los taxis gritando ‘hey, amigo, olvidaste tu abanico de coral’. Esas personas se creían dueñas de Roatán, pero no

le tenían respeto. Y yo les decía ‘si tú no te sientes orgulloso de tu isla, o de tu arrecife: ¿cómo vas a hacer que los demás la respeten?’.

Explica que, en Roatán, la mayoría de la población depende del turismo. “Pero si desaparece el arrecife, si no hay seguridad en las calles o si el paisaje cambia y se deteriora, los turistas optarán por no venir y nosotros como hondureños nos quedaremos sin trabajo e ingresos. Por eso, pensé en impulsar un programa que nos hiciera sentir orgullosos del arrecife para protegerlo, antes de que desaparezca y queden sólo rocas cubiertas de algas”.

Lo primero con lo que se encontró Christi fue que la industria del buceo en Roatán, que inició en los años sesenta, estaba en manos de extranjeros, pues el buceo para los hondureños era inaccesible por los altos costos y por el poco tiempo libre que tenían para disfrutar el mar. En Honduras, su población, como en gran parte de América Latina, vive al día. Es decir, la gente compra lo básico para mantener a su familia y utiliza la mayor parte de su tiempo para trabajar. “Comenzar a bucear es muy complicado, y más si uno no está dentro de la industria del turismo, pues se requieren por lo menos mil dólares y siete semanas libres para tomar los primeros cursos”.

56



Francesca Diaco

Ante esta realidad, Christi se preguntó “¿la gente de dónde va a sacar dinero y tiempo?, ¿cómo le harán para tener una licencia de *dive master* (maestro del buceo) si necesitan pagar 115 dólares con una tarjeta de crédito y ellos no tienen una?”. Entonces, el POP decidió costear las clases y los materiales. Sólo pedía a cambio participantes mayores de 18 años que hablaran inglés y que hicieran 10 horas de servicio comunitario. La teoría de cambio era que los hondureños enseñaran con el ejemplo de un buceo responsable y que además apoyaran a la comunidad para separar la basura, arreglar basureros o limpiar playas. Y para constatarlo debían tomar fotografías.

Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) brindó apoyo, desde 2012, al programa POP. Fondo SAM es una organización clave para la vida económica, cultural y ambiental de más de dos millones de personas que habitan en las costas de México, Guatemala, Belice y Honduras.

Christi, durante los primeros cuatro años de vida del programa, realizó inmersiones de buceo con más de sesenta hondureños para entrenarlos de forma particular en temas de conservación marino-costera y en capacidades de monitoreo de tortugas y de arrecifes de coral. Guillermo Pastora, quien venía de Tegucigalpa, una ciudad caótica y violenta, fue uno de los primeros protectores del orgullo de Roatán.

Recuerdo lo que dijo Guillermo, cuando estábamos sobre la arena, respecto a que las grandes ventajas del POP para él fueron que implicaba convertirse en instructor de buceo, conocer a profundidad el arrecife y cuidarlo por los importantes beneficios sociales, económicos y ecológicos que brinda este ecosistema marino a la población de Roatán.

“A cambio de las clases de buceo nos pedían horas de servicio comunitario. Me ofrecí como voluntario en Parque Marino de Roatán e hice cajas de reciclaje utilizando madera y redes de pesca confiscadas por la caza furtiva. También planté mangle, limpié playas, charlé con los niños sobre la pesca responsable y la importancia de cuidar el arrecife”.

Para tener más tiempo para la conservación, el buceo y las lecturas sobre el coral, Guillermo dejó la empresa de joyería y trabajó en un bar. Además, se involucró en monitorear peces, en particular meros o *groupers* (como se les conoce localmente), actividad que le ayudaba a acumular horas de buceo.

Después, trabajó en un centro de buceo como asistente de gerencia y atención a clientes. “La mayor parte del tiempo estaba en la tienda y no en el agua, por lo que me tomó seis meses completar las horas para ser *dive master*, un profesional de buceo que ya puede cobrar por los servicios”, cuenta Guillermo mientras desliza hacia la arena las gotas de mar que mojan su largo cabello.

Luego de descender 60 veces a más de cuarenta metros bajo el nivel mar, Guillermo se convirtió en maestro del buceo, en 2015; desde ese momento, se ha dedicado a instruir a otros buzos.

“Y entonces te das cuenta de que los alumnos se transforman en personas más dedicadas, más comprometidas”, dice Christi. “Se levantan más temprano, usan sabiamente su tiempo e invierten en sus propósitos. Y aunque, como hondureño, es difícil bucear, es posible lograrlo”.

El programa POP significó para Christi la puerta de entrada para que sus paisanos tuvieran la oportunidad de ser instructores de buceo. Pero sobre todo fue la fórmula para impulsar su potencial y convertirse en mejores personas, conscientes de su medio ambiente, con mejores herramientas para desarrollarse dentro de la comunidad.

“Afortunadamente, Fondo SAM (Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano) abrió el paso a una nueva generación de buzos locales, en la que ya pueden ganar más dinero, hablar del arrecife, contribuir a conservarlo y respetar el medio ambiente como elemento clave para un buen desarrollo turístico. Son mejores personas porque están más preparados.”.

Explica que el cambio de mentalidad es un proceso arduo y lento, pues en Roatán algunos desarrolladores hoteleros y ciertos constructores de vivienda siguen afectando los pastos marinos. “Tal vez los remueven para sentir la arena suave en sus pies”, comenta irónicamente Christi. “Desprenden manglares porque según ellos huelen mal.

Desaparecen humedales y pantanos. Invaden cuencas sin estar conscientes que poco a poco están matando a la isla. La caza furtiva es otra amenaza para los recursos naturales de Roatán”, asegura Christi. Mientras pronuncia esas palabras, una sombra le nubla el habitual brillo de su mirada.

58

Y es que Christi vivió un episodio difícil cuando ella y sus compañeros decomisaron redes de pesca a una persona que pescaba ilegalmente. El hombre, en venganza, fue por un galón de gasolina y lo roció en la oficina de Parque Marino de Roatán. Por fortuna, no alcanzó a prenderle fuego ni a dañar a nadie. Aunque Christi y sus compañeros de trabajo presentaron las denuncias correspondientes, la persona no fue aprehendida por la policía. Christi renunció por la sensación de inseguridad que le causó ese incidente, situación que muestra la evidente ausencia de un Estado de derecho.

El espíritu de fortaleza de esta joven hondureña es admirable, pues, a pesar de las dificultades, sus palabras se entrelazan para mostrar un inmenso amor y respeto al ecosistema marino. Aunque dejó el POP unos meses antes de que concluyera, ella no se rinde y sigue apostando a que más personas se sientan orgullosas por los más de noventa y cinco kilómetros cuadrados de arrecifes de coral que rodean a Roatán. Cuenta que la mejor parte de su trabajo en el POP fue la fe y apostar por la gente. “Fondo SAM creyó en nosotros. Tuvo más fe en el programa de lo que yo esperaba. Tuvo más fe de lo que yo podía creer”.

Por otro lado, su alumno Guillermo, quien ahora es instructor en el Roatán Dive Center, dice: “A mí, el POP me cambió la vida. Me siento afortunado de haber formado parte del programa. Me fascinó la información que ellos me brindaron. Me acuerdo que me sentaba en la oficina de Parque Marino de Roatán a leer sobre el arrecife y ellos se tomaban



Pedro Lastra

todo el tiempo para explicarme detenidamente cómo hacer para conservarlo”. Y concluye: “Ahora me gusta más estar bajo el agua que arriba, en tierra. Descubrir siempre algo distinto en el mismo sitio de buceo que he visitado doscientas veces es prueba de que todo cambia constantemente allá abajo. Poder curiosear y encontrar un sitio nuevo es otra de las grandes satisfacciones del buceo. Es indescriptible la tranquilidad que uno siente abajo, en el océano, como si uno estuviera flotando en el espacio”.

EL ESPÍRITU DE LOS BUZOS

Los buzos, esos hombres y mujeres pez, quienes me parece que ocultan bajo el neopreno escamas y aletas invisibles, nos revelan a los terrestres las maneras seguras para bajar a las profundidades del mar. Explican cómo respirar por el tanque de aire que llevamos en la espalda; cómo sacar el agua de la máscara; la forma de despresurizarnos para evitar daño en nuestros oídos y pulmones; y el lenguaje a señas para comunicarnos en el espacio acuífero. Al ras de la tierra nos muestran un mapa con nuestro recorrido y unos dibujos que ilustran peces y plantas que quizás veremos allá, en la profundidad.

Mujeres y hombres pez tienen, además, la cualidad de moverse muy rápido cuando están en tierra: cargan los tanques, los suben al bote, llaman al capitán del Roatán Dive Center antes de que emprendamos el viaje al centro del océano.

Todos navegan felices. Festejan la brisa marina. Sonríen al atardecer. Conmemoran la mejor celebración: descender a la profundidad del mar. Yo llevo una sonrisa congelada de humana —sin escamas— y enumero mis desventajas: sólo sé respirar por la nariz, mi tránsito por el mundo ha sido caminando y he descendido al nivel del mar sólo por escaleras. Pero siempre hay una primera vez para llegar al centro del océano.

Nos sentamos en la orilla de la embarcación. Trato de apaciguar mi nerviosismo ciudadano. Veo las olas. Respiro hondo. Uno a uno, nos lanzamos de espaldas

al abismo. El agua salada nos recibe. Sacamos el aire de nuestros chalecos. Comenzamos a descender al universo más bello de la tierra.

UN METRO. TRES METROS. SIETE METROS. DOCE METROS.

Nos mira un pez que tiene cuerpo de cofrecito negro iluminado de puntos blancos. Luego me entero de que se llama botete. Veo las curiosas tortugas que parecen seguir el vuelo marino de las grandes mantarrayas; las langostas que escarban en busca de alimento cerca de sus cuevas; un lenguado que se confunde con la arena.

59

Veo inmensas montañas sumergidas, coloridos jardines flotantes, muros de coral que hacen de hogar para peces sapo, peces perico y numerosas familias de peces negro terciopelo. Parece que van de fiesta por la galanura con que dejan ver sus aletas y escamas de colores. Los del intenso azul sonríen, los de amarillo verde fosforescente nadan solos y nosotros, de negro neopreno, pasamos junto a muchas de las 167 especies de peces que se resguardan en el coral de Roatán.



Fundación Albatros

Flotamos cautivos en la belleza del Arrecife Mesoamericano, el segundo más grande del mundo, después de la Gran Barrera de Coral, en Australia. Nos desplazamos cerca de su estructura rocosa sobre la plataforma submarina, que se formó luego de miles de años por esqueletos de coral y por organismos diminutos.

Me sorprende que el arrecife, que se observa tan frágil y rugoso, sea protección contra los oleajes fuertes de los huracanes, y que los pastos marinos sean sus escuderos, ya que atrapan los sedimentos para protegerlo.

60

Mientras nos desplazamos en la profundidad, recuerdo las palabras de Guillermo, nuestro guía: “El arrecife es una guardería para los peces. Las primeras etapas de su vida permanecen cerca del muro de coral, pues les ofrece protección. Si no fuera por los arrecifes, no existirían las líneas costeras, ni las islas, ni los peces, ni los moluscos, ni los crustáceos que nos alimentan”.

Hasta ese día comprendí que la esperanza de la tierra se descubre saltando desde la esperanza del planeta, que reside bajo el mar, donde se despliega una inmensa y colorida arquitectura, un mapa azul enorme y terso que te envuelve y sugiere la sensación de estar suspendido en la eternidad.

CENTINELAS DE ROATÁN

Saliendo del mar, me encuentro con Eduardo Rico, un joven que desborda energía y ofrece una sonrisa contagiosa. Nos vemos en la oficina de Parque Marino de Roatán, ubicada en West End, un barrio lleno de restaurantes, donde los buzos, a la luz de las estrellas, salen del mar a brindar por las bellas y extrañas criaturas que vieron bajo la superficie del océano.

Eduardo Rico, quien tiene una larga carrera en la conservación, dirige Parque Marino de Roatán, una organización de la sociedad civil, sin fines de lucro, que nació en 2005 con el propósito de contribuir a la conservación y el uso sustentable de los recursos naturales de la Reserva Marina Sandy Bay-West End.

Eduardo administra la vigilancia de 941 hectáreas de tierra y mar, una franja desde los 10 metros dentro del territorio insular contados a partir de la línea de marea alta hasta la curva de nivel de 60 metros de profundidad en el mar.

El joven biólogo, nacido en Tegucigalpa hace 38 años, explica que una de las principales misiones de Parque Marino de Roatán es promover el turismo responsable. Roatán es la única de las islas de la Bahía de Honduras que cuenta con un aeropuerto internacional. Además, por mar, cada año recibe en sus muelles turísticos a más de dos millones de visitantes, atraídos por el buceo y las actividades turísticas, de pesca deportiva y playa. Como un importante destino de cruceros, durante la temporada alta, cada día descienden de los gigantes hoteles que flotan cerca de ocho mil personas. El manejo de la basura y los residuos de estas breves pero intensas invasiones, así como su potencial impacto en los frágiles corales y los espacios marinos es un desafiante reto para sociedad civil y gobierno, plantea Eduardo.

“Nuestro fuerte como organización conservacionista es la instalación de boyas para canales de acceso a las bahías. Con las boyas señalizamos los caminos para que pescadores y guías de turistas sepan por donde conducirse y eviten golpear el arrecife. También trabajamos con cuatro guardarrecursos que controlan y vigilan que no haya pesca ilegal, principalmente de peces víbora, de langosta y de caracol rosado”. En Parque Marino de Roatán trabajan 15 personas. Cuentan con sus propios recursos que consiguen de donaciones y de sus cuatro tiendas donde venden recuerdos y rentan artículos para actividades acuáticas recreativas.

Para esa organización sin fines de lucro, el apoyo de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) ha sido clave, ya que por cinco años fortaleció la vigilancia del arrecife, al dotarla de embarcaciones y capacitar a sus miembros en mejorar el diálogo con los turistas y en técnicas para la defensa personal.

“El apoyo de Fondo SAM nos permitió aumentar nuestra presencia en la isla. El resultado ha sido muy

satisfactorio. El impacto positivo de la presencia en campo de los guardarrecursos ya se puede medir en un ligero aumento de la cobertura de coral, de acuerdo con la evaluación del protocolo AGRRA (Atlantic Gulf Rapid Reef Assessment). Se lo atribuimos a la presencia de los guardarrecursos”, explica.

El arrecife bien conservado y atractivo es imprescindible para todos nosotros. “Tenemos que cuidarlo y reducir la pesca ilegal dentro del área protegida, así como erradicar el uso de arpones y redes de pesca”, dice Eduardo, quien confiesa tener una profunda fascinación por los pulpos, debido a su inteligencia y su capacidad de mimetizarse: color arena durante el día y azul pálido por la noche.

Destaca que los cuatro guardarrecursos de Parque Marino de Roatán se hacen acompañar de la fuerza naval de Honduras para que puedan actuar contra actos ilícitos, como prácticas inseguras en actividades turísticas, recolección de caracoles, tala de manglares y pesca ilegal.

El personal del parque se apoya también en los reportes que recibe a través de la aplicación virtual (app) RMP iPatrol, mediante la cual la gente, desde su móvil inteligente, informa sobre actos que dañan el ecosistema.

Eduardo, desde su pequeña oficina en West End, llena de papeles y libros, indica que su meta para el próximo año es duplicar el número de guardaparques para expandir la vigilancia hacia el lado oeste de la isla. Dice que uno de los programas comunitarios de los cuales se siente más orgulloso es Protect Our Pride (POP), que impulsó Fondo SAM, pues ofreció alternativas económicas para los hondureños y generó una mejor conciencia ambiental entre los locales y los visitantes.

Eduardo, quien nació para la conservación marina, comenzó a trabajar en Parque Marino de Roatán por la pasión que encontró en la gente comprometida con el cuidado de la isla. “Me quise sumar al esfuerzo y me trasladé de Tegucigalpa a Roatán sin siquiera pensarlo”.

61



Jeremy Bishop

En un principio, Eduardo estudió ingeniería en electrónica, pero influenciado por su hermano mayor, que es biólogo y quien le enseñaba sobre plantas y organismos, cambió de carrera para terminar cursando la de biología.

Considera que uno de sus mayores logros fue la declaración del Parque Nacional Montaña de Botaderos, en Honduras, como área natural protegida. Ahora, su gran satisfacción es colaborar con Gael Gutiérrez, Karen Leía, Nicholas Bach, Leonel Ayala, Dagoberto Ramírez e Isaías Ramírez, quienes juntos, desde Parque Marino de Roatán, suman capacidades y compromiso para revertir el deterioro y proveer un ambiente marino sano y sustentable a esta isla, una de las joyas del Caribe hondureño.



LAS MANOS

QUE TEJEN PALMERAS

*Pongo estos seis versos en mi botella al mar
con el secreto designio de que algún día
llegue a una playa casi desierta
y un niño la encuentre y la destape
y en lugar de versos extraiga piedritas
y socorros y alertas y caracoles.*

Mario Benedetti

63

Llegué a la isla de Roatán en un pequeño avión del tamaño de un Cinquecento italiano, pero dotado de alas. Debajo de mí se asomaba una costa ondulada de azul celeste con tintes índigos.

Esta mañana avanzo por una estrecha carretera de dos carriles. Conduzco una camioneta blanca doble cabina que me acaban de prestar. Roatán —de las tierras más bellas que he visto— está flanqueada de selva susurrante de apariencia impenetrable.

Nidia Ramos, mi copiloto, me indica el camino. Me había preguntado un día antes si sabía conducir. Le dije que sí. Casi pierdo mi credibilidad ante ella, pues tardé en descifrar que la reversa se acciona con la palanca ubicada a un costado del volante. Además, el vehículo se me apagó un par de veces. Nidia fue muy amable al decirme que los conductores dispuestos a manejar esa camioneta sufren siempre el mismo problema.

Estamos en las instalaciones de Bay Islands Conservation Association (BICA), una organización privada reconocida nacional e internacionalmente por su extraordinaria labor en la conservación de los ecosistemas de Honduras, y nos dirigimos hacia el Centro de Educación Básica Modelo Sandy Bay, el primer plantel educativo del país que cuenta con

un aula verde, un salón construido especialmente para la educación ambiental y la conservación de la naturaleza. En la actualidad, esta escuela es modelo de enseñanza para la nación.

En el camino, las palmeras dibujan sus abanicos hacia todos lados. Nidia, coordinadora de educación ambiental de BICA, dice que el programa de formación para el cuidado de la naturaleza, denominado Aula Verde, tardó tres años en diseñarse e implementarse. Las razones de la tardanza fueron los escasos recursos económicos de la escuela para pagar un maestro de tiempo completo en el aula verde y de los docentes, que se resistían a integrarse al programa, pues para ellos significaba horas extras de trabajo.

Pero por el empeño de Nidia y por el tesón de los expertos de BICA, en alianza con Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), lograron capacitar a profesores y niños sobre los valores del ecosistema arrecifal, el impacto y las consecuencias del cambio climático sobre este y la selva, la importancia de separar y reciclar la basura y la relevancia de preservar peces, corales, manglares y pastos marinos.

Los maestros se convencieron de la urgencia de



contar con un aula verde. Desde su inauguración, en 2016, trabajan a diario con la conciencia de 1,260 niños que asisten al Centro de Educación Básica Modelo Sandy Bay.

El aire del trópico nos envuelve. Nidia me dice que me orille hacia la selva. El portón de la escuela es abierto por el vigilante. Llegamos a las diez de la mañana, hora exacta del recreo. Mil niños juegan en el patio. Unos patean el balón. Unos se persiguen. Otros corren en hileras. Pasean en grupos. Comparten el lonche. La explosión de risas y sonidos les impide ver que llegamos. O tal vez nos ignoran.

Nidia dice que toque el claxon. Lo hago varias veces. Pero los escolares siguen desfilando frente al parabrisas. Avanzo con lentitud. Despejan poco a poco el camino. Busco estacionar en el patio. De pronto, un tremendo estruendo. Una de las llantas poncha el balón de fútbol. Nos abuchean en coro. ¡Vaya acercamiento!, pienso. Pongo cara seria para evitar el linchamiento público.

La marabunta infantil nos rodea. Aprovecho para preguntarles sobre su experiencia con el aula verde. “Nos enseñan a separar basura”. “A no dejarla en la calle”. “A hacer reciclaje”. “Nos dicen cómo cuidar a los animales, el medio ambiente y la tierra”. “Si no reciclamos, los animales se pueden morir por tanta basura. Porque una tortuga puede pensar que es comida y atragantarse con los plásticos”. “La basura causa enfermedades, por eso hay que recogerla”. Intervengo y les pregunto qué animal les gusta. “A mí, los conejos”. “A mí, las tortugas”. “Yo prefiero a los perros”. “Y yo, a los gatos”. Luego de recibir sus respuestas como ráfagas, Ariana, Gabriela, Wendy, Paola, Rosa, Ana, de entre 9, 10 y 11 años, salen corriendo.

Subo las escaleras bañada en sudor. Miro de reojo esperando que no llegue la venganza de los escolares a causa del balón roto. Venturosamente, parece que lo olvidaron.

Entro al aula de la maestra Gladys Ulloa, quien tiene 32 años de experiencia como docente y comenta:

“Nos gustó mucho la iniciativa de Aula Verde. Hemos recibido varios talleres que nos enseñan la manera de instruir a los muchachos en la separación de basura. Veo con agrado que mejoró la conciencia en el cuidado de la isla. Por ejemplo: ya no usamos bolsas de plástico en los supermercados; cada quien lleva una de tela o malla para cargar sus compras”. Continúa: “Además, el aula verde también es escuela para padres, donde se rescatan los valores y el cuidado del ambiente. Hacemos ver a niños y papás que el arrecife significa empleo para las familias, porque la mayoría depende de la industria turística. Por eso, tenemos que conservar la belleza de la isla”.

En el salón de Glady, las paredes están tapizadas con coloridos dibujos de animales. En el piso reposan cajas: la amarilla es para depositar la basura plástica; la negra para la orgánica, la azul para el papel, la verde para el aluminio y la que no tiene color para residuos de comida. La maestra explica que el papel lo reciclan para hacer maquetas; y el aluminio y el plástico lo depositan en el centro de acopio ubicado en el patio para luego venderlo y comprar material escolar.

Olga Marina Quesada, maestra con 20 años de trayectoria, expone: “En el aula verde cada grado escolar recibe una charla de medio ambiente una vez por semana, donde se hace énfasis en mantener sano el arrecife, el patrimonio máspreciado de los habitantes de Roatán”.

Suena el timbre. Cesa la vorágine de risas. El griterío se va acercando a las escaleras. Entran parvadas de niños a los salones. Se van sentando en sus butacas. Un grupo de muchachos entra a cada aula y recoge las cajas coloridas con la basura clasificada. Me asomo al patio. Veo infantes depositando los restos en el centro de acopio.

Ramón Octavio Ramos, director del Centro de Educación Básica Modelo Sandy Bay, quien ejerce la docencia desde hace 27 años, cuenta que se necesita un docente para que labore de modo permanente en el aula verde; sin embargo, por falta de recursos financieros no lo han podido contratar. Se enorgullece de que haya habido un cambio de mentalidad de maestros, niños y padres de familia en apoyo a la conservación. Ahora, su meta es promover

el aula verde en otros planteles para continuar con el cuidado de recursos marinos y terrestres.

EL AULA VERDE

Al bajar las escaleras está el aula verde, un salón con muros iluminados de agua, arrecife, corales y peces que nadan felices en su entorno; paredes pintadas por voluntarios y por niños; maquetas; arañas gigantes hechas de material reciclado.

Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM) fue la organización que apoyó el aula verde desde su concepción, en 2012. “Por ellos, el salón se inauguró, se pintó, se le instalaron sillas, mesas, equipo de cómputo y aire acondicionado”, explica Nidia.

Fondo SAM representa una instancia esencial para la cooperación de cuatro países que comparten el arrecife: México, Guatemala, Belice y Honduras. Su visión regional y sus acciones locales se nutren del intercambio de experiencias de conservación.

Iris González, una joven de 14 años, alumna de la escuela que se involucró en el programa Aula Verde para dar clases a los más pequeños, cuenta con mucho entusiasmo: “Cuando estaba frente a los niños, no te voy a negar que me puse nerviosa, pero me gustó que me hicieran preguntas sobre los peces.

65





Antonio Pastrana

Me encantó porque es una forma de cuidar el medio ambiente y aprendí mucho enseñando”.

Iris, a quien le encantan los peces loro, especies clave e icónicas del arrecife, opina: “A veces los padres cometen errores. Veo que terminan de comer una baleada (un plato local muy sabroso hecho con tortillas de harina, frijoles, huevos revueltos, aguacate y queso) y tiran las servilletas al suelo, cuando ellos deberían ser limpios y enseñarles a sus hijos con el ejemplo. Yo les insisto a los niños que necesitamos un ambiente sano para nosotros, para el arrecife y para los animales”. Agrega que su mejor experiencia fue ir a bucear con su maestra Nidia, ver a los peces loro, los peces ángel, los peces mariposa y conocer los diferentes tipos de corales.

Alejandra Esther Paudón, de 13 años y voluntaria de Aula Verde, dice que ella explicó a los niños cómo reciclar los plásticos, pues es un material nocivo para el ambiente que puede tardar, según su composición, décadas o miles de años en degradarse. Su experiencia inolvidable fue escuchar a su maestra Nidia hablarles de los corales.

Nicole Figueroa, de 13 años, y Milania Beatriz Urbina, de 14 años, hicieron un mural que daba cuenta de los cuatro países conectados por el Sistema Arrecifal Mesoamericano. Para ellas, nadar con los peces y verlos de cerca fue lo mejor que les ha pasado.

Las niñas que están en el aula verde abrazan a Nidia. Le preguntan de qué hablará en la próxima clase. Nos despedimos.

Subimos a la camioneta. El colmo: no enciende. Ni siquiera emite sonido. Mis nulos conocimientos de mecánica me indican que es la batería. Abro el cofre. Nada. No entiendo nada.

Nidia habla por teléfono a las oficinas de Bay Islands Conservation Association (BICA). En efecto, le informan que la batería no funciona. Sigo nadando en sudor. Pedimos ayuda a un maestro. Llega acompañado de una docena de alborotados adolescentes. Todos se suben a la caja del vehículo. Ríen. Dan saltos. Tratan de prenderla. Inservible. La empujan: adelante, atrás. Adelante y atrás. ¡Arranca!

De regreso en la carretera, Nidia dice: “No podemos proteger lo que no conocemos. Muchas de las personas que nacen aquí en la isla no saben nadar, menos conocen el coral. Lo bueno es que, por Aula Verde, los niños ya tienen el mensaje de cómo cuidar su hábitat”.

Sin inconvenientes, llegamos a las oficinas de BICA. Nos despedimos y me retiro caminando por la tarde isleña. Veo a Nidia de lejos. Percibo que teje una red inmensa de riqueza. La veo tejiendo un mapa que coordina armonía entre aves, palmeras, hombres, horizonte, corales y peces. Va hilando la conciencia de niños, padres y maestros en un tejido elástico, perdurable y perpetuo que se extiende por la isla entera para la conservación del ecosistema.

LOS JÓVENES DEL MANGLAR

El domingo, cuando la mayoría descansa, se reúnen junto al mar un grupo de jóvenes que cuidan los manglares. Con una sonrisa de ocho de la mañana llegan a saludarse. Recogen la tierra, barren las hojas y riegan las plantas.

Algunos llevan audífonos y cantan bajito. Conversan. Bromean entre ellos. Toman los azadones, las palas, los picos y aran el vivero hasta que el reloj dicta las dos de la tarde. Suman por lo menos cincuenta

estudiantes de distintas escuelas. Son voluntarios. De la mano de Bay Islands Conservation Association (BICA) conservan el entorno y ofrecen charlas de educación ambiental a niños de primaria.

El mar suena apenas, en contraste con la voz fuerte de Abigail Aguilar, una estudiante de 20 años que dice a uno de sus compañeros: “Ponle más agua a esta plantita y trátala con amor para que crezca bien”. Abigail, quien cursa el último año de la carrera de administración hotelera, explica: “A veces limpiamos playas. Hoy nos tocó recoger las semillas del mangle y remplazar las plantas muertas por las que están vivas. La siembra de mangle es muy importante para que el arrecife no se ensucie. Para mí ha sido una experiencia hermosa dar constantemente vida a la tierra”.

Dennis Jeffries, de 17 años, quien estudia contaduría y es líder de varios estudiantes del Instituto José Santos Guardiola, la escuela pública más grande de Roatán, dice que para graduarse necesitan servir a la comunidad por 140 horas. Su escuela les ofrece dos opciones: colaborar con una organización ambientalista o participar en una institución especializada en salud. La mayoría opta por BICA.

“Yo elegí a BICA. Ellos me han enseñado a manejar y reciclar los desechos; a conocer los tiempos de descomposición de la basura, además de los materiales más convenientes para la tierra. Las maestras de BICA nos preparan antes para charlar con los niños de primaria”.

Ingrid Munguía, quien también será contadora como su compañero Dennis, pertenece al grupo de 150 muchachos del Instituto que optaron por la conservación. Ella nos cuenta: “Cuando vamos a las escuelas primarias, entramos seis personas a cada aula; al día, visitamos dos o tres salones. Nos acompañan dos coordinadoras de BICA: Nidia y Nikita. He aprendido muchísimo con esta experiencia”.

Gracias a Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), se construyó el vivero de mangle, dice Nidia Ramos, coordinadora de educación ambiental de BICA. Además, ellos se hicieron cargo de los gastos del refrigerio de los

jóvenes, del combustible para movilizarnos, del material necesario para las limpiezas de playa y del equipo digital para las charlas ambientales con los niños. “Realmente nos ayudaron con todo”.

Es media tarde y una manta ligera de nubes se posa sobre la isla. Los árboles se mecen lento agradeciendo la brisa cálida que arroja el mar. Los jóvenes de Roatán continúan haciendo guardia bajo las nubes y los rayos del sol para conservar el mangle. Su meta primaria es evitar que Roatán se deteriore y en un par de décadas su patrimonio sólo sean recuerdos fotográficos y pequeños fragmentos de paraíso. Ellos extienden la vida de la isla cada vez que sus manos trabajan la tierra. Por ellos, el verdor isleño va en aumento, al igual que la certidumbre de un futuro próspero.

67

ÁNGELES DE LA ISLA

En el preciso momento en que conozco la labor de Bay Islands Conservation Association (BICA), pienso instintivamente quedarme en Roatán. Su trabajo me parece extraordinario. Pero soy sólo una mensajera, una periodista independiente, una paseante anónima.

BICA se fundó en 1990 como una organización privada preocupada por el deterioro del medio



Antonio Pastrana

ambiente de Roatán y el de las otras islas de la bahía: Utila y Guanaja.

Irma Brady, quien dirige BICA, rememora la historia: “En los años noventa, un grupo de 45 personas nos reunimos para formar una organización de conservación, por el evidente deterioro que había en la isla. Algunos propietarios quemaban sus tierras porque era la forma más barata de limpiarla y acabar con las garrapatas. Nos horrorizamos. Por el fuego, la tierra parecía verse como si tuviera cráteres de luna. Nuestra preocupación era la contaminación del agua. Nuestra prioridad era educar a la gente sobre la conservación de los acuíferos. El agua nos llevó al mar. El mar, a cuidar el arrecife y su rica biodiversidad”.

Brady explica que, en ese entonces, la Asociación Nacional para el Fomento de la Agricultura Ecológica (Anafae), una organización conservacionista ubicada en Tegucigalpa, los capacitó y les ofreció talleres, conferencias y reuniones. Los miembros de BICA se dieron cuenta de la titánica labor que significaba cuidar el medio ambiente.

“Vimos que la gente no estaba dispuesta aprender ni a cambiar. Además, nos desilusionamos de las personas que conforman las estructuras del poder. Hay gente terca, ignorante o que definitivamente no le importa su entorno. El principal problema ha sido la ingobernabilidad”, cuenta ella con voz tranquila,

mas no resignada. Enumera las batallas con las que tiene que luchar a diario: las pesquerías ilegales, las quemas, la destrucción de hábitats, la captura de fauna silvestre, la falta de aplicación de las leyes ambientales y la impunidad en general.

Incluso las mismas autoridades gubernamentales van agotando el patrimonio natural y afectando los ecosistemas de Honduras y los invaluable servicios ambientales que proveen a la economía del país, en particular al turismo responsable. Se lee en los periódicos recientes que la Ley de Fomento de Turismo —impulsada por algunos legisladores y el Ministerio de Turismo— básicamente deroga todas las leyes ambientales y promueve desarrollos sin considerar su impacto negativo en la naturaleza.

Lamentablemente, esta historia se repite en las demás reservas ecológicas del Sistema Arrecifal Mesoamericano: la fuerza del Estado debilita el marco legal a cambio de unos cuantos dólares de inversiones de infraestructura turística. Con tal de recibir unas monedas, se hace de la vista gorda cuando hay un daño ecológico o un cambio de uso de suelo.

“No pedimos que esa gente que destruyó el hábitat vaya a la cárcel; queremos que restauren los mangles, los pastos marinos o los arrecifes afectados por sus desarrollos”, asevera Irma. Sus lentes resguardan una mirada inteligente y cariñosa.

Cuando los miembros de BICA denuncian, reciben amenazas muy fuertes. Además, deben lidiar con las problemáticas internas de su organización, como el poco personal con el que cuentan, la falta de un sueldo constante para sus expertos y la carencia de financiamiento para dar continuidad a los proyectos.

A pesar de los peligros, son 27 años de compromiso con la conservación, durante los cuales han apostado por resguardar las islas y preservar el arrecife. “El arrecife es el recurso que sostiene económicamente a toda la población”, afirma Irma, que además fue distinguida por su labor en la protección de los ambientes marinos con el prestigioso premio Seacology, en el año 2016.

“Lamentablemente, no todas las personas ven



los beneficios de tener un arrecife sano. Tenemos bastantes problemas de educación en el país y eso hace que nuestro trabajo sea más difícil”, explica, por su parte, Giselle Brady, directora de programas de BICA.

Para que la gente tenga mayor conocimiento del paraíso en el que vive, BICA y sus aliados, con el apoyo financiero de Fondo para el Sistema Arrecifal Mesoamericano (Fondo SAM), lanzaron campañas de protección ambiental en las escuelas; montaron el aula verde y construyeron el centro de acopio; organizaron visitas de campo y limpiaron playas; llevaron a los jóvenes a bucear al arrecife para explicarles su funcionamiento; sembraron mangle; celebraron fiestas especiales como el Día de la Tierra; y pasearon con estudiantes en un barco de fondo de vidrio para decirles cómo cuidar el mar.

Giselle, quien es bióloga marina, dice que Fondo SAM reforzó de una manera extraordinaria a BICA, pues donó recursos financieros para que la organización tuviera una oficina propia, que a la vez funciona como centro verde, en la cual usan paneles solares, tratan las aguas negras y colectan el agua de lluvia.

“Fondo SAM también instaló un laboratorio para monitorear la calidad del agua, que ha sido de gran ayuda para las islas. Con el equipo, ya podemos hacer revisiones mensuales. Por los resultados que obtenemos de los monitoreos, gestionamos fondos para colocar sistemas de tratamiento en diferentes comunidades de Roatán donde sabemos que hay bastante contaminación”, indica Giselle, quien ha ganado becas académicas por su habilidad como jugadora de voleibol. “Mediante la medición de la calidad de agua pudimos capitalizar cien mil dólares para una planta de tratamiento de aguas negras en la comunidad de West End. Ahora, las viviendas ubicadas en ese barrio ya están conectadas al sistema de saneamiento. Ha sido un beneficio inmenso para la comunidad”, detalla la joven de 33 años.

Giselle, con maestría en biología marina con énfasis en pesquerías, narra que sintió enorme orgullo cuando BICA convenció a la comunidad de Roatán a pagar por el saneamiento del agua. “La Junta de Agua necesitaba un cobro adicional para saneamiento, pero la municipalidad no lo aprobó. Entonces,

presentamos a los consumidores los datos del monitoreo de la calidad del agua y la misma gente decidió pagar el tratamiento”.

Giselle continúa: “También por Fondo SAM pudimos capacitar al Grupo de Mujeres Artesanas de Roatán (MAR). Se les asesoró en materia administrativa. Se capacitaron en técnicas para la elaboración de joyería con concha de coco. Se les enseñó a armar bisutería con materiales reusables como latas, plásticos, semillas y metal. Además, se les compró material y equipo para la elaboración de sus productos”.

Actualmente, el Grupo MAR es líder entre las organizaciones de artesanos y por su empeño y calidad se ha extendido a trabajar en otras comunidades. “Cuando recuerdo cómo empecé y cómo ha crecido el Grupo MAR, me siento muy satisfecha por el trabajo que hicimos con ellos”.

“Hay demasiadas historias bonitas con Fondo SAM. Me siento muy bien al tener esta oficina. Que la gente nos vea como organización consolidada. Es algo que te arropa. Eso fue algo que sin el proyecto de Fondo SAM no hubiese pasado”, narra Giselle, quien nació y creció junto al mar de Roatán.

Por las mujeres de BICA, la tierra de Honduras es un lugar más bello. Esa belleza ha sido esculpida por el trabajo constante de Irma Brady, Giselle Brady, Nidia Ramos, Nikita Johnson y Cindy Flores, por insistirles a los isleños que viven en un ecosistema interconectado y que el daño que se le haga se verá reflejado tarde o temprano en otro espacio. Su grandeza está en los objetivos que persiguen, en iluminar las regiones afectadas y oscurecidas por la destrucción y el abandono, y transformarlas en espacios de luz que preservan la vida.





ESCRITO CON TINTA AZUL

HISTORIAS DE CONSERVACIÓN
DEL SISTEMA ARRECIFAL
MESOAMERICANO



KFW

